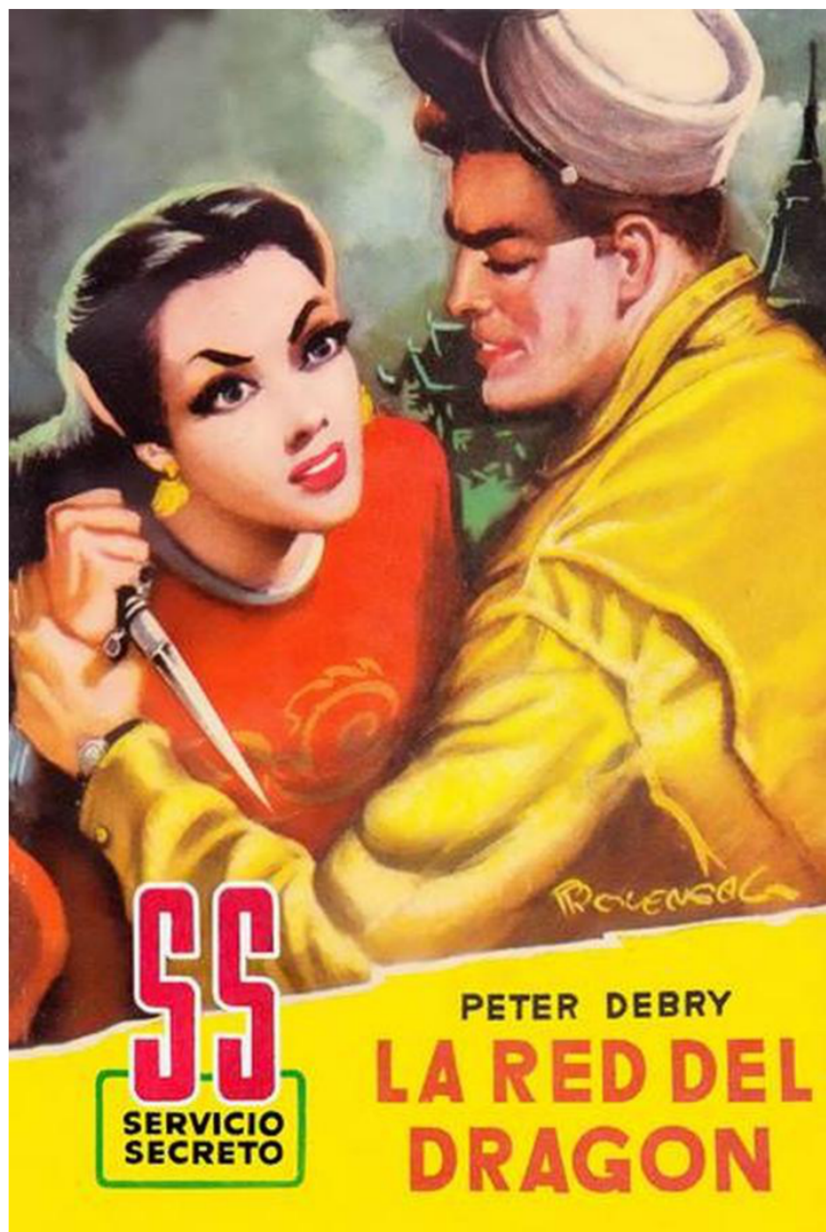


SS
SERVICIO
SECRETO
PETER DEBRY
LA RED DEL
DRAGON

PETER DEBRY

LA RED DEL DRAGÓN

1ª EDICIÓN
NOVBRE– 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

La RED del DRAGÓN

por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

El techo era muy bajo, de gruesas vigas de madera algo carcomidas. Servían de mesas, pequeños barriles en pie, y unos escabeles de tosco pino sin pintar daban asiento a los degustadores de los pálidos y engañosos vinos bordeleses.

La sala era alargada, como antiguo almacén que fué, y a su fondo, se alineaban cuatro hileras de barriles, con sus etiquetas de solera y precio por vaso.

La clientela era casi familiar del dueño. No había camarero. El que deseaba beber, se limitaba a colocar sobre una mesita, el importe de su consumición, y él mismo recogía el cambio.

Alguna vez, uno de ésos que el dueño llamaba «tunantes», no sólo pretendió beber gratuitamente, sino que además quiso rebañar parte del dinero colocado en la cesta, que servía de caja registradora.

Cuando no era el propio dueño el que escarmentaba al ratero, eran los demás clientes. En la bodega del bórdeles Soulac, cuya amplia puerta cochera estaba siempre abierta, y no había letrero que anunciase reserva de derecho de admisión, acudían no obstante casi siempre los mismos bebedores.

Porque los que entraban allí por casualidad, comprobaban que todos los barriles, contenían lo que prometían: puras cepas prensadas de la famosa comarca bordelese, desde el aristocrático Hout-Brian, al más barato Médoc, pero selecto. ¿Por qué aquel cliente fortuito no repetía la visita si los vinos eran excelentes?

Si le hubieran preguntado, le hubiese sido difícil explicarse. Tal vez habría intentado definir como «amenazador» el ambiente de la bodega del bordelés.

Y le hubiera sido difícil aclarar en qué consistía la sensación de amenaza, ya que los bebedores reunidos en torno a los pequeños barriles que servían de mesa, ni siquiera le miraban.

Pero si al entrar, se oía el ronroneo de conversaciones, cesaban desde el momento en que se aproximaba al fondo, donde el bordelés, en pie, esperaba entre jarros, tazones y vasos de grueso cristal.

El repentino silencio impresionaba al menos imaginativo de los casuales visitantes, y aunque vinieran en grupo, e iniciasen entre sí una ruidosa conversación, acababan por sentirse incómodos.

En París y en 1948, sólo había tabernas de apaches para los turistas. Los asiduos de la taberna del bordelés, no llevaban pañuelo negro al cuello, ni gorrilla ladeada, ni calzaban las clásicas *savates* silenciosas.

Eran más bien, jóvenes bien vestidos y algún que otro cuarentón. No podía decirse que tuvieran modales siniestramente torvos, ni semblantes de presidiarios.

Se limitaban a permanecer en silencio, como esperando a que se marchasen los no asiduos. Y apenas cruzaban el umbral, se reanudaba el rumor de las conversaciones.

La bodega instalada en una de las antiguas callejuelas del Barrio Latino estudiantil, no recibía tampoco visita de estudiantes. Ellos, porque preferían los bares modernos con tocadiscos y combinados, y ellas, aunque secretamente ansiaban visitarla, porque no se atrevían.

Se rumoreaba que en aquella bodega se habían planeado muchos de los atracos a mano armada que escandalizaban a la opinión. Y a los que se extrañaban de que la policía permitiera reunirse en aquel tugurio oliendo a vino y a madera humedecida, a presuntuosos atracadores en potencia, los más enterados al parecer, respondían que la policía prefería saber dónde encontrar a sus «rivales».

Lo cierto es que, de vez en cuando, dos o tres de los asiduos, desaparecían, y cuando habían transcurrido unos días, y alguien preguntaba por ellos al patrón, el bórdeles, encogiéndose de hombros, replicaba elocuentemente:

—Se han ido a veranear.

Respuesta que hubiera podido extrañar a un ingenuo, al oírla en pleno enero. El bórdeles contestaba, en otras ocasiones:

—Tienen fiebre.

El «veraneo» suponía años de presidio. La «fiebre» que estaban

en capilla.

También reinaba el más absoluto de los silencios, cuando hacía su aparición algún policía, que entraba, mientras dos o tres colegas suyos permanecían en el umbral.

El que entraba, recorría la sala por entre los hombres sentados, buscando con la vista. A veces se llevaba a dos o tres sospechosos, que sin resistencia le acompañaban.

Era norma de la casa, según hacía constar el bórdeles, que aquél o aquéllos que «dado el golpe», hubieran dejado rastro, no asomaran por la bodega.

Ya que en caso de hacerlo, el propio bordelés colaboraba con la policía en la detención, y los demás no se lo recriminaban. Era lógico que Soulac defendiera su negocio, ya que también se mantenía discretamente alejado de toda conversación, limitándose a escanciar en los jarros, tazones o vasos, que le tendían los parroquianos.

Tres meses antes, en aquella extraña cofradía, había ingresado un norteamericano llamado Glen Preston. No era muy alto, y andaba con felina elasticidad.

El cabello rizoso y castaño enmarcaba un rostro agresivo, de grandes ojos verdosos, y facciones muy movibles.

La moderna juventud cineasta, amante de encontrar parecidos con los artistas de cine, recordaba al actor James Cagney, cuando por la calle veía a Glen Preston.

Tenía como él, una expresión de contenido dinamismo, de músculos y nervio siempre preparados a estallar, y una sonrisa incisiva, como un risueño mordisco.

El «antiguo» que presentó a Glen Preston, dijo:

—Un jabato de veras, amigos. Empezó a afeitarse desembarcando en Sicilia, y aprendió a vivir en Normandía. Formó con los nuestros, y le han dado la ciudadanía francesa. Es de los buenos.

Y Glen Preston, que hablaba el francés con los giros idiomáticos de un nativo, porque actuó como soldado tres años, en las fuerzas francesas del general Juin, demostró que sabía callarse, y prefería escuchar.

A los dos meses de acudir con asiduidad a la bodega bórdeles, un inspector pidió a Glen Preston su documentación.

Examinó el carnet militar, y después de ojear la lista de recompensas por méritos de guerra, menciones extraordinarias en la orden del día, condecoraciones por «valor supremo», devolvió el carnet, mirando con cierta simpatía al americano nacionalizado francés. Dijo:

—Lástima, Preston.

—¿Lástima de qué, inspector? —quiso saber el exhéroe.

—Lástima que sea usted uno más de estos que pretenden estar descentrados, desplazados, en la postguerra. Ha pasado ya el tiempo suficiente para que usted, como tantos otros han hecho, encontrase un trabajo decente.

—Vivo de renta, y no tengo por qué trabajar. Ni creo tampoco que sea delito el preferir el vino bordelés al agua helada o al *whisky*. ¿O es delito, inspector?

El policía no replicó. Como fuente de ingresos, Glen Preston estaba a «cubierto», ya que en efecto, cada mes percibía los intereses de una cantidad que por disposición testamentaria paterna, sólo tenía en usufructo hasta que se casara.

Fué una tarde de junio del 48, cuando en la bodega del bordelés entró un individuo alto, amplio de espaldas, delgado y de rostro enjuto.

Muy rubio, contrastaban más sus negros ojos. Se dirigió rectamente hacia donde se hallaba Glen Preston, en compañía de otros tres.

—¡Duff! —exclamó, alegremente Preston, poniéndose en pie—. Despejad, compinches —invitó sonriente a los tres que le acompañaban, que obedecieron.

Duff Lester, excombatiente de la «76», con larga campaña en el desierto, tierras italianas y francesas, sacudió con vigor la diestra que Preston cerró en rededor de la suya.

—¡Diantres, qué casualidad más estupenda, Duff! Siéntate, y te invitaré a un Saint-Emilion que quita el hipo.

Glen Preston fué hacia el fondo, donde cogiendo un jarro, pidió:

—Saint-Emilion del 33, patrón. Un gran tipo ese muchacho. No he conocido un jabato más valiente que Duff Lester. No podía dormir tranquilo, si no se jugaba la pelleja un par de veces al día. Y me salvó la mía más de una vez, aunque tampoco yo me quedara en deuda.

El bordelés sirvió en silencio, y al volverse Glen Preston, frunció el ceño. Había un silencio absoluto… Miró a los demás, y gruñó:

—¿Sois idiotas o qué? ¿No veis que es un amigo mío? Como si dijéramos un hermano… Porque hay hermandades más fuertes que las de familia… ¿Pero qué pasa, idiotas? Le voy a romper la cara al…

Ante el barril, en pie, Duff Lester intervino:

—Déjalo, Glen. Ven acá, y te explicaré.

Glen Preston, con el jarro en la mano, parecía buscar dónde estrellarlo: Los demás seguían en silencio.

Duff Lester añadió:

—Tus compinches, como les llamas, tienen olfato, Glen. Pero yo no he venido de servicio.

—¿De servicio? —interrogó Preston, aproximándose y depositando el jarro que transparentaba el claro mosto delicioso.

—Siéntate, Glen. Hace ya tres años que nos perdimos la pista, ¿no?

—En efecto.

—Te supuse de regreso a Nueva York, aunque me constaba que como yo, tenías ya en las venas el dulce veneno europeo. ¡A tu salud!

Alzó Lester el jarro, sonriendo, y bebió. Pero Glen Preston no cogió el suyo. Miraba con repentino asombro a su compañero de armas, al que se acostumbró a considerar durante la campaña como al hermano que nunca tuvo.

—Sí, Glen. Cuando me licenciaron me ofrecieron trabajar en la Criminal. Decían que necesitaban hombres como yo, que además de hablar inglés e italiano, habían dado pruebas de coraje.

Glen Preston sonrió, pero más que nunca, mordiendo… Dijo con rabia:

—Yo presumía de que nada en este cochino mundo podía extrañarme, pero me equivocaba.

Miró en lenta ojeada a los demás, y dijo:

—Perdonadme, chicos, pero no sabía que este tipo era de la «chivatería».

Apenas lo hubo dicho, los demás reanudaron sus conversaciones. Duff Lester apuró otro sorbo, y comentó:

—Un vinillo de gloria. El primer toque lo dimos en una casa de

Frécamp, ¿te acuerdas, Glen?

Glen Preston hizo un gesto extraño. Se pasó la diestra por la cara como si quisiera borrar de ella, una expresión de repentina tristeza. Agresivo, recuperó su habitual sequedad, para decir:

—No está mal. Tres años de ausencia, y te encuentro convertido en un chivato.

—Bobadas, Glen. Comprendo que te sorprendas, pero te consta también que no soy ningún chivato. Antes empuñaba un fusil, y disparaba contra el que con otro fusil, si me madrugaba, me pasaportaba. Ahora… también doy el pecho. O sea, que no puedes ofenderme.

—Seguro que no. Hasta se te nota muy orgulloso.

—Lo estoy, Glen. Por cada uno de los que van a la guillotina o a presidio, caen diez de los míos.

—¿De los tuyos? Vaya, vaya… Los de chapa y pistola, son ahora tus hermanos queridos, ¿no? Abreviemos. Bebe el resto, y ahueca, Duff. Trataré de olvidar tu profesión, mientras bebes.

Duff Lester no bebió.

—Escucha, Glen, haces mal en tratarme de pronto como a un enemigo. No lo soy, ni podemos ser enemigos, tú y yo. No ha sido casualidad, el haber venido aquí. Me enteré en Comisaría de que andabas en compañía de dos italianos y un marsellés, y que todo parece indicar que es disponéis a dar un mal paso.

—Muy amable, inspector.

—Agente de segunda, Glen. Quince mil francos por mes, y dormir muy tranquilo. Ésta es mi paga. Me han encomendado el servicio de «extranjeros». Llaman así a la vigilancia de aquéllos cuyos idiomas conozco. Y lo siento, Glen, pero te tengo en la lista. En recuerdo de nuestra buena amistad, hazme un favor, Glen. El mundo es ancho… ¿Por qué no te das un paseo por Italia, o por Inglaterra? Tienes al mes, un ingreso de veinte mil francos…

—Apenas lo suficiente para comer, beber y vestirme. Ya está bien, agente. Adiós.

Duff Lester se levantó. También tenía carácter, y dijo lo mismo que cierto inspector:

—Lástima, Glen.

Glen Preston asió el jarro, y por un instante, enmudecieron los demás. Pálido, Duff Lester, encorvó un poco los hombros…

Glen Preston estrelló el jarro contra el suelo, y en voz baja, silbante, conminó:

—Largo, agente de segunda Duff Lester.

Duff Lester dió media vuelta y abandonó la bodega del bordelés. Nadie hizo comentario alguno al ver que Glen Preston, «el jabato», reclinaba la cabeza sobre sus dos brazos cruzados.

Pasaron unos instantes, y por fin, Glen Preston poniéndose en pie, llevó el jarro vacío. Preguntó:

—¿Cuánto te pago por el jarro roto, patrón?

—Olvídalo, «mon petit». No te creas que no tengo yo sentimientos. Te comprendo… Ha de ser muy desagradable, ver que un antiguo amigo, se convierte en peste. Yo le conozco a ése… Dicen que es inteligente, y que pronto ascenderá.

Glen Preston no contestó, y ya de regreso miró a los tres que le acompañaban cuando llegó Lester.

—Se lo han olido. Me ha avisado que nos han fichado los pasos. Ha dicho bien clarito, dos italianos y un marsellés.

El marsellés y los dos italianos, esperaron un instante. Por fin, al seguir el silencio, sugirió el marsellés:

—Nos damos la estampida. Estemos unos días sin vernos, y nos reuniremos allá. ¿Está ya madura la cosa, Glen?

—Sí. Pero por mí, lo dejaría correr. Os advierto que este tipo es listo. Y si nos «fila», y desaparecemos de aquí unos días, puede relacionarnos con lo que suceda en Etrètat.

—Pero tú mismo has dicho que el golpe será de «retiro», y que sacaremos cada uno, para vivir de renta larga, hasta el fin de siglo.

Glen Preston se encogió de hombros al contestar:

—De acuerdo. El viernes a las nueve en punto, donde os dije. No va a ser un cerdo traidor el que nos impida hacernos ricos y pronto. Pero es mejor que dos de vosotros sigáis por aquí hasta el jueves noche. Pensará a lo mejor el tipo ése, que me han entrado los hígados y me he ido a pasear como me recomendó, el muy… marrano. ¡Pasarse a la policía, él!…

Glen Preston se marchó, seguido por miradas de admirativa pena. También era un duro golpe, ver a un amigo convertido en «peste».

El crepúsculo era agradable, como en París se presentan algunos atardeceres de principio de verano. Ni calor ni frío, sino una

temperatura intermedia, de tibieza fragante cortada por ráfagas breves de brisa fresca.

Por la calle Saint-Jacques, abandonó las viejas callejuelas de típicos nombres evocados por el poeta vagabundo Villon, el poeta favorito de Dany, pensó Preston.

Penetrando en la Gay-Lussac, se encaminó hacia el Boulevard Saint-Michel. Cada vez que efectuaba este recorrido, para dirigirse a los jardines del espléndido Luxemburgo, trataba de poner en claro los sentimientos que le inspiraba Daniele Girard.

Era curioso que la primera vez que viera a Daniele Girard, a mediados de marzo, casi la considerase completamente insulsa. Una estudiante más, con su cartera de libros y apuntes bajo el brazo, detenida ante el escaparate de una confitería en la calle de Racine.

Si él se detuvo, fué porque le hizo gracia la expresión casi hambrienta de la carita femenina aureolada por el gorro de lana, rematado en caprichosa borla.

Realmente, las bandejas de dulces sobre los estantes de cristal, eran un prodigio tentador. Y Glen Preston no tenía nada del galán torpe y callejero, cuando dijo:

—A mitad de mes, debe usted tener agotados los fondos. Permítame invitarla, y a principios de abril, me devuelve el convite. Yo me decido por aquellos cucuruchos de nata y fresas.

Daniele Girard le miró rectamente, como analizando sus intenciones. Vió a un muchacho fuerte, apenas un poco más alto que ella, de cara enérgica, muy deportivo con su «anorak» de gamuza impermeable con capucha. Una prenda que los americanos habían popularizado, y el perfecto francés de Preston tenía un deje yanqui…

Ella sonrió, replicando:

—Estamos a diecisiete, y en realidad estoy tonteando aquí, porque mirar sin catar, es mortificarse.

—Vamos, pues. Me llamo Glen Preston, soltero, veintiséis años, y se me adivina en seguida la mala intención. La he invitado sin trastienda, porque me ha hecho gracia su manera de devorar con los ojos bandeja tras bandeja.

Ella aceptó, charlaron, y se enteró de que estudiaba en el Colegio de Colonias. Estudios orientales, sobre las posesiones francesas en Asia, para algún día, ganar oposiciones a las bien

remuneradas plazas coloniales.

Al separarse, él dió por descontado, que volverían a encontrarse al día siguiente. Ella era hija de un profesor de la Sorbona, viudo. Respiraba sencillez y honestidad.

Cuando estaba lejos de ella, Glen Preston la detallaba físicamente. Con deleite, porque los veinte años de Daniele Girard, eran frescos y sanos. No era una niña con modernismos desplazados, ni una desgarbada adolescente coqueta.

El cabello castaño obscuro era su orgullo, porque no siguiendo la moda, lo conservaba en toda su esplendorosa largura, trenzándolo a veces, y otras, dejándolo desparramarse en ondas sobre sus hombros.

Un cutis terso, lechoso, donde los claros ojos azules tenían candor sin necedad, y los labios henchidos, no precisaban carmín. Un cuerpo más bien rollizo. Pero con «cada curva en el sitio preciso y bien marcada», opinaba Preston, lejos de ella.

Pero al estar a su lado, desaparecía toda materialidad, y cuando anduvieron bajo una fina lluvia, asidos de la mano, Glen Preston sintió algo muy suave, inefable, que le producía una sensación de limpieza, como cuando se friccionaba el cabello con lavanda.

No había febrilidad en el primer beso que se dieron, sin éxtasis de enamorados. Ni había torpeza en la pasión con que permanecían largos instantes abrazados, en silencio.

Veinte mil francos por mes, no daban para sostener un hogar, tal como lo hubiera deseado Preston. Ninguno de los dos habló de matrimonio, pero a veces opinaban que lo ideal era una casita entre pinares, cerca del mar, y al sur, en un clima benigno.

Aquella tarde de junio, Glen Preston junto a Dany, volvía a repetirse mentalmente que su novia era un prodigio, porque reunía encanto de mujer bonita y suavidad de compañera amistosa.

Y sin embargo, algo había cambiado. ¿Era la advertencia de Duff Lester? Ella le notó distraído, y pretextó que debido a un viaje de negocios, estaba preocupado.

Y nada les hacía presentir, que aquel idilio, el primer amor en ella, se aproximaba a un trágico desenlace. Se separaron como siempre, fijando la misma hora, para cuatro días después, en que anunció Preston que estaría de regreso de su «viaje de negocios».

CAPÍTULO II

A poca distancia al norte del gran puerto y ciudad de Le Havre, la estación balnearia de Etrètat, ofrece sus estrechas playas formadas por los entrantes de sus altos acantilados, barridos por los vientos.

Es playa veraniega, aunque perduran más los días lluviosos. El viernes 14 de junio, hacia las ocho, La Mancha estaba encrespada, y soplaba un viento caluroso.

Todo el día había presagiado la tormenta, y el bochorno reinante, iba estallando tierra adentro, surcando de culebreos luminosos la masa negra del cielo.

Los gruesos goterones, repicando en los cristales de la amplia sala de juego del «Gran Casino», marcaron el inicio de la tormenta. Y resultaba aún más grato, apiñarse en rededor de las mesas de juego, en aquel interior lujoso y entibiado por una suave calefacción muy oportuna.

Era el mes preferido por el turismo rico, antes de la invasión de los veraneantes con la quincena de oficinistas. Nórdicos, suizos, sajones y sudamericanos, alternaban en la sala, y las ventanillas de cambio, estaban muy concurridas.

Fichas de varios colores sustituían en las manos de los jugadores, billetes de diversa circulación: francos belgas y suizos, coronas, libras esterlinas… Cualquier clase de billete, era legítimamente cambiado, y el cambista era tan experto en conocer el curso de cotización, como el posible papel falsificado.

Pero ningún falsificador hubiera sido tan ingenuo como para pretender introducir por una de aquellas ventanillas su mercancía.

La hora de más ajetreo era la que precedía a la cena. De ocho a diez, batían su pleno las mesas de juego.

Y a las nueve en punto, se efectuaba el relevo de cajeros, que con sus bolsos de cuero, donde se apilaban en fajos y por

nacionalidad, los billetes, iban a la administración a presentar las liquidaciones.

El corredor que daba acceso a los despachos de contabilidad y administración, estaba guardado por dos sólidos forzudos, con licencia de armas, y otra pareja semejante, guardaba la salida posterior.

Glen Preston había estado varias veces en el «Gran Casino» desde que hablara con Gino Carleti. Vestía bien, y era rápidamente clasificado por los *croupiers* como jugador yanqui, de «puesta fija». Diez fichas de cien, una tras otra, y o perdía los mil de inicio, o se retiraba cuando había perdido las ganancias y la puesta inicial. Una clase de jugador bien visto.

Gino Carleti tenía un hermano *croupier* en la sala de bacará. Por él se había enterado de las costumbres de la casa.

Aquel viernes, 14 de junio a las nueve en punto, un coche aparcó en la gran rotonda lateral, contigua al «Gran Casino». Bajaron de él. Marcel Passis, el marsellés y Angelo Monfiore. Llevaban el «*smoking*» veraniego con prestancia.

Y en la sala grande, se confundieron con los demás jugadores, arriesgando fichas de cien.

No tenían que consultar su reloj, porque había uno grande, muy afiligranado en ojiva sostenida por dos diosas de la Fortuna, derramando bajo la esfera el cuerno de la Abundancia.

El hermano de Gino Carleti le tenía a éste mucho respeto, y accedió al plan elaborado por Glen Preston.

Los contables, a las nueve y treinta aproximadamente, efectuaban la primera liquidación, yéndose a cenar, para coger de nuevo turno, a la medianoche.

Era el momento más propicio, porque abandonaban la administración por la puerta posterior. A las nueve y treinta, el hermano de Carleti llamaría al inspector de su sala, pretextando que había descubierto a un fullero.

El inspector le sustituiría en la mesa, para que él fuese a informar al gerente Le abrirían la puerta, y sería el momento en que Marcel Passis y Angelo Monfiore, se harían cargo de los dos guardianes de la puerta por la que entraría el hermano de Carleti.

Marcel Passis y Monfiore, pagaron a la sala de bacará a las nueve y quince. Cuando se levantó el hermano de Carleti, estaban

ellos ofreciéndose la pitillera cerca de la puerta que conducía a los despachos de la administración.

En el aparcamiento de coches. Gino Carleti, vestido de chofer, se apoyaba contra el guardabarros del coche que habían traído el marsellés y el siciliano, cogiéndolo delante de un restorán de Etrètat, cuando vieron que sus ocupantes, se disponían a cenar. Así no serían identificados por el coche, si había persecución.

Glen Preston, además de elaborar el plan, había elegido la parte más activa. Los que estaban dentro del corredor, debían limitarse a impedir que alguien entrase, mientras el hermano de Carleti penetraba en el despacho del gerente.

Sólo cuando los contables salieran, abriéndoles la puerta posterior, uno de los dos guardianes, entraría en función Glen Preston.

Era el momento en que Marcel, el marsellés, avanzaría para dar el clásico «manos arriba» a los dos guardianes, que al igual que los contables saliendo, sufriría la normal sorpresa, que bastaba durase unos segundos.

Glen Preston demostraría que no en vano había aprendido todos los recursos para dejar fuera de combate a unos cuantos adversarios, en el menor tiempo posible y sin ruido.

Y a las nueve y veintidós minutos, Glen Preston penetró en el porche lateral, ocultándose entre el resalte de dos bajorrelieves, a dos pasos de la puerta de salida de los empleados.

Estaba ya muy acostumbrado al mal momento que suponía la espera de entrar en acción. No sentía la menor intranquilidad. Todo saldría perfectamente. Había sido muy valiosa la colaboración del hermano de Carleti.

Que precisamente en aquel mismo instante, tocaba en la puerta de acceso a la gerencia desde el interior del casino. Una mirilla se descorrió, y el guardián, al reconocer al *croupier*, abrió.

El hermano de Carleti entró, permaneciendo en el abierto marco, y anunció:

—Tengo que informar que hay…

El marsellés y el siciliano irrumpieron a la vez, y el *croupier* se apartó presuroso, mientras Passis asestaba el premeditado culatazo, y Angelo Monfiore encañonaba al otro guardián que sentado, estaba leyendo una novela de capa y espada.

Máximo Carleti se limpió el sudor del rostro. El retumbar de los truenos se hacía cómplice de los atracadores.

La caída del primer guardián, cerrada ya la puerta por el propio marsellés, así como la ahogada exclamación del otro cancerbero, quedaron ahogadas en un estruendo atmosférico.

Angelo Monfiore había avanzado rápidamente y cuando el guardián lector, se incorporaba llevándose la diestra al sobaco, Monfiore bajaba ya la suya, proyectándola contra el rostro asombrado.

Apenas tres segundos…

Máximo Carleti repicó en una puerta con los nudillos. Penetró, y vió cómo los cristales, a un lado del despacho del gerente, transparentaban a los contables que estaban ya terminando de apilar ordenadamente los últimos fajos de billetes.

—¿Qué sucede, Carleti? —inquirió el gerente.

—He advertido al inspector de la conveniencia de observar con disimulo las manos de un griego que talla fuerte en mi mesa, señor.

—Hace calor, ¿verdad? —comentó el gerente, que contagiado se pasó el pañuelo por la frente, al igual que Carleti—. Hasta que no pase la tormenta, el bochorno nos asfixiará. Oiga: ¿tiene fiebre, Carleti? Está temblando como un azogado…

Los contables acababan de dejar sobre la mesa del gerente la ancha cartulina con la columna de cuentas, y se despedían. Llegaba el momento final.

Dentro de poco irrumpiría Glen Preston. Máximo Carleti sonrió:

—Creo que el bochorno me ha mareado, señor.

—Beba algo. Sírvase usted mismo. Y no se preocupe tanto por un posible tramposo. El inspector comprobará.

Gino Carleti, apoyado contra el guardabarros, tenía por misión poner en marcha el motor apenas se abriera la puerta posterior bajo el porche.

Sabía dónde estaba Glen Preston, aunque no lo veía. Y de pronto, percibió cómo la puerta acechada se abría.

Se ladeó para subir al coche y poner el contacto. Bajó la mano un momento tarde. Contra su espalda y su pecho notaba dos contactos duros. Y la voz no menos dura de dos agentes:

—Tú, quieto, «macarroni» —decía uno.

—Muévete y te quedas tieso —aseguró el otro.

Gino Carleti no era un suicida. Alzó muy lentamente los brazos, y el «clic» de las esposas en sus muñecas, no se percibió en el fragor de la lluvia, arreciando.

Glen Preston vio abrirse la puerta, indirectamente, por el haz de luz que trazó en el suelo un semiarco. Flexionó las rodillas, y cuando se iba a distender, se revolvió con prodigiosa elasticidad, porque alguien acababa de tocarle en el hombro.

Su puñetazo certero resbaló desviado por un antebrazo, y su rápido gancho de izquierda encontró el aire, al doblarse un poco atrás el que esquivando, conminó:



Su puñetazo certero resbaló desviado por un antebrazo...

—Conmigo no, Glen.

Glen Preston se lanzó cabeza baja. Otro cualquiera estaría ya fuera de combate al veloz testarazo, pero el agente de segunda Duff Lester sabía que no iba a ser asunto sencillo detener a Preston.

Los contables iban saliendo, y se detuvieron asombrados… En la

penumbra divisaban a dos hombres enzarzados en un espectacular combate.

El más alto acababa de saltar a un costado, mientras el más bajo, cabeza gacha, se revolvía en patada lateral y doble, como el salto de tijera de un defensa de fútbol con malas ideas.

Y el más alto, como un péndulo que oscila, se ladeaba, y cogía las piernas del que cayendo de costado, apoyo las manos en el sucio, y empujó con los tacones.

Se oyó un estampido, que no era debido a ninguna exhalación atmosférica. Los tres contables corrieron asustados, dos de ellos hacia el jardín de aparcamiento, y otro hacia el corredor.

En el suelo, Duff Lester asestó un puntapié atinado, en plena mandíbula, y al mismo tiempo atrajo hacia sí las piernas de Preston. No tuvo necesidad de remachar…

Glen Preston se quedó quieto, pero por si acaso, Duff Lester se liberó de las piernas de su antiguo compañero, en forma que no pudiera salir maltrecho.

No era el consabido truco de fingir desvanecimiento. La patada había sido contundente. Arrodillado, Duff Lester atrajo las dos muñecas de Preston, esposándolas tras las espaldas. A la vez, y sin que pudieran verle los dos agentes que corrían hacia el pasillo, en que un segundo disparo acababa de sonar, quitó del bolsillo interior de la americana del desvanecido una pistola, pasando rápidamente las manos por todo el cuerpo, hasta convencerse de que no había otra arma.

Acudía un agente, que ya no necesitaba ocuparse de Gino Carleti, y al que dijo Lester:

—Vigila a éste, y regístrale.

En el pasillo, había surgido un imponderable al poco de abrirse la puerta. Uno de los guardianes, el agredido por el marsellés, se recuperó antes de lo presumible, y aunque atado y amordazado, logró tal vez por torpeza en Passis, aflojar la cuerda que unía sus codos.

Y sentado contra la pared, fué alzándose hasta que de pronto con todo su peso se dejó caer sobre el timbre de alarma que tintineó en el despacho del gerente.

Marcel Passis disparó, y el guardián quedó contra la pared, arrodillado, con una bala en la espalda.

En el despacho, al oír el timbre de alarma, el gerente saltó en pie, empuñando en un cajón, una automática. Máximo Carleti se desplomó en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos y gimiendo…

El gerente no se ocupaba de él, sino que avanzó veloz hacia la puerta, y al salir, efectuó el segundo disparo, contra una silueta que corría.

Acertó de pleno en Angelo Monfiore, que giró sobre sí mismo, llevándose las manos al cuello.

Duff Lester irrumpió en forma extraña, porque saltando por la derecha, pareció arrodillarse a un paso, para quedar como sentado a la izquierda de la entrada.

Pero sobre su codo pudo disparar contra Marcel Passis, que ya enloquecido apretaba el gatillo, corriendo en busca de la salida.

Lo que siguió ya no interesaba a Duff Lester, que una vez comprobado que sus dos compañeros sólo estaban heridos levemente en su brusca entrada, por el que ahora yacía muerto, calmó las agitadas frases del gerente y el contable, diciendo:

—Llamen a un médico y a la policía local, que es la que debe hacer el atestado.

Salió para ver cómo otro agente conducía al tambaleante Preston hacia un coche, en el que ya Gino Carleti, trataba de silbar filosóficamente.

A unos pasos de distancia, Duff Lester hizo una señal con la mano, y el coche policial arrancó, llevándose a Carleti y Preston.

A las diez y media, el agente de segunda, hacia su declaración ante el comisario de Etrètat.

—El inspector Leroy me encargó la vigilancia de los «extranjeros» sospechosos en el Barrio Latino. Hice indagaciones y supe que Gino Carleti tenía un hermano *croupier* en el Gran Casino. Se reunía con Marcel Passis, Angelo Monfiore y Glen Preston. Cuando éste tomó el tren de Le Havre, le seguí. Cuatro compañeros míos tenían a su cargo seguir a Gino Carleti y los otros dos. Se perdió la pista de Passis y Monfiore, pero vimos a Preston y Carleti apoderarse de un coche ante el «Fenouille». Pude dar el alto a Glen Preston cuando permanecía oculto, junto a la puerta de salida de los empleados.

Un secretario tomaba nota taquigráfica. El comisario alegó:

—Serán trasladados a París, amigo mío. Lo curioso es que Glen Preston no llevaba armas. Los otros tres, sí. Por lo visto, el americano confiaba en sus músculos.

La Prensa concedió poco espacio al frustrado ataque, pese a los dos muertos. Había noticias mucho más importantes, y aquella misma noche, en dos capitales de provincia habían tenido lugar dos atracos muy accidentados.

En una celda de incomunicado de La Santé, Glen Preston, vendada la parte inferior del rostro, se pasó unos días recorriendo el estrecho espacio como un león enjaulado.

Después se aquietó, y el mismo guardián que lo comparó a un león enjaulado, estimó que ahora parecía un gato montés, esperando el momento de que pasara el cordero.

El día anterior al que Gino Carleti, su hermano y Glen Preston, debían elegir defensor, o aceptar el designado de oficio, un abogado criminalista, Charles Gaffieri, recibía a las cinco de la tarde la visita de un desconocido.

El nombre que había en la tarjeta era inglés, y aunque no mencionara profesión, los clientes ingleses o americanos eran muy bienvenidos.

Entró un joven alto, delgado, pero de amplios hombros. El abogado exhibió sus escasas dotes para los idiomas maltratando el inglés, pero el visitante, en perfecto francés, a la vez que se sentaba, explicó:

—Deseo que se haga cargo de la defensa de un detenido llamado Glen Preston. Tomó parte en el atraco frustrado del Gran Casino de Etrètat.

—Mal asunto —replicó el abogado.

Era su réplica favorita, y aunque no tuviera la menor idea de lo sucedido en el Gran Casino de Etrètat, puso cara de hombre ante un grave problema.

—Murieron dos de los atracadores, y dos agentes, así como un empleado, levemente heridos. Pero Glen Preston iba sin armas, y no tuvo tiempo de intervenir.

—Un punto a su favor, pero como cómplice de «gangsters» con armas en la mano, su amigo Glen Preston incurre en pleno artículo…

—Un momento, señor abogado. He de aclarar que Glen Preston

y yo fuimos compañeros de armas. Traigo aquí copia de su hoja de servicios.

Gaffieri cogió la hoja mecanografiada, empezó a leer entre dientes, y al terminar comentó:

—Lástima… Todo un héroe… En fin, aquí tenemos ya un buen punto de apoyo. Un exliberador de Francia, no… no… Ya está pasado de moda. Será mejor aludir a la psicosis de guerra, y al hecho favorable de que un excombatiente, apto en el manejo de armas, no llevaba siquiera un cortaplumas. Diré que licenciado, sin recursos, hambriento…

—Glen Preston posee una renta mensual de veinte mil francos.

—¡Mal asunto, mal asunto! —Y esta vez era sincero el abogado.

—Usted sabrá qué resortes tocar para convencer al tribunal.

—Mi joven caballero: en Francia, los crímenes pasionales se perdonan, pero hay un exceso de atracos. Si por ejemplo, Glen Preston fuera casado y su esposa muy enferma, una operación urgente, etcétera, etcétera…

—Es soltero, pero tiene una novia. Al menos salía con frecuencia con una estudiante llamada Daniele Girard, hija de un profesor de la Sorbona.

—¡Buen asunto, buen asunto! Buscaba el camino de la redención, y hasta quizás quería dinero para crear un hogar principesco… Creo que por aquí, iríamos bien. ¡Oiga!

Y el abogado tendió un índice hacia el visitante:

—¡Hay un buen resorte! Claro que depende de la actitud de la honesta hija del honradísimo profesor. Es complicado exponérselo a la novia, pero si accede, veo la posibilidad de muy poca condena para su protegido Preston. Naturalmente, si éste accediera a ingresar en un batallón de África, disciplinario, y ella aceptase mi sugerencia, yo me encargaría de obtener de un compañero médico, cierto certificado. Repito que todo depende de ella, si le quiere o no…

El abogado expuso su tesis defensiva, que según él, causaría gran impresión en el tribunal. Y terminó:

—Pero yo no puedo hablar con ella, porque si se ofende, me costaría trabajo no ser acusado de falsedad en los testimonios.

—Yo trataré de convencerla. Me pareció muy enamorada.

—¡Excelente! Ah, también sería interesante, aunque es difícil,

ver si por ejemplo, el policía que detuvo a este Preston, declara que no opuso la menor resistencia…

—El policía que lo detuvo recibió un cabezazo en el pecho, y se salvó de dos puntapiés y cuatro puñetazos, gracias a que también era excombatiente.

—Mal asunto. Pero puede intentarse. A veces estos señores policías son buenos muchachos.

—Gracias por ellos.

—¿Sabe cómo se llamaba el policía que detuvo a Preston, su protegido?

—Sí. Se llamaba Duff Lester.

—Ah… —murmuró el abogado, con extrañeza. Le sonaba aquel nombre. Miró la tarjeta que estaba encima de su carpeta, y dió un respingo.

—No se preocupe, señor abogado. Yo avisé a Glen, y lo detuve, para evitar peores males. Cuánto hemos hablado es estrictamente confidencial. Vine como amigo de Preston, no como policía. Además, es muy sabido que ustedes son un talento en el arte de inventar la trampa. Me dijo su secretario que usted percibía quinientos francos por consulta, y cinco mil por hacerse cargo de una defensa. Y si ganaba la causa, sus honorarios oscilaban de acuerdo con la gravedad de la petición fiscal. Ahí van los quinientos, y un cheque por los cinco mil. No intente protestar, señor abogado. Todos hemos de ganarnos la vida. Y repito, que soy el amigo de Glen Preston, y no el policía que lo detuvo.

El abogado sonrió complacido, recogió el billete y el cheque, y acompañó personalmente hasta la puerta a su cliente, que al despedirse añadió:

—Una condición, y es que Glen Preston no ha de saber mi intervención. Lo complicaría todo. Hágase usted pasar por su defensor de oficio.

—Así lo haré.

El abogado se quedó meditando que aun nacionalizados, los yanquis eran unos excéntricos.

Pero empezó a redactar el borrador de las frases de «latiguillo» sentimental, que emplearía con éxito, si Duff Lester lograba convencer a Daniele Girard.

Daniele Girard tenía su examen de arte cambodgiano, el 20 de

junio. Estaba inquieta porque no había recibido noticia alguna de Glen Preston, y habían transcurrido ya dos días más de los convenidos para la cita, después del «viaje de negocios».

Aprobó el difícil examen, y al salir, como ya era costumbre en ella, se dirigió al Luxemburgo, sentándose en el banco habitual, en una de las terracitas del estanque.

A las siete en punto, hora a la que solía acudir Glen Preston, un desconocido alto y de enjuto rostro, se detuvo delante de ella. Saludó con cortés inclinación:

—¿Señorita Daniele Girard?

Ella sin responder, inclinó la cabeza. Duff Lester prosiguió:

—Tengo que darle una noticia poco agradable. Referente a Glen.

Ella miró con ansia ahora al que primero creyó un conquistador de Parque.

—Me llamo Duff Lester, y estuve toda la campaña junto a Glen. Está detenido desde la noche del catorce, acusado de complicidad en un atraco, en el que resultaron heridos dos agentes de policía y un empleado del Gran Casino de Etrètat.

—¡No… no puede ser verdad! Él es incapaz de…

—Conozco perfectamente a Glen, y me consta que no es un malvado, pero corría el peligro de desmoralizarse, al no tener una meta señalada. La guerra le dió ocasión de satisfacer su intranquilidad de espíritu, porque es combativo y ama el riesgo. Al quedar inactivo, contrajo amistades poco recomendables, gente que vio en él, un hombre con iniciativa y valor. Yo creo que Glen se salvaría, si usted le quiere, señorita Girard.

Ella iba recuperándose de la fuerte impresión que le había producido la noticia inesperada. Y sin saberlo razonar, sentía confianza en aquel amigo de Glen, hablaba con rectitud y sencillez.

—Yo quiero a Glen, y estoy dispuesta a demostrarlo. Pero no sé qué hacer… Ha sido tan imprevisto oírle decir que Glen ha cometido un delito…

—He estado hablando con un abogado criminalista, Charles Gaffieri, el cual accede a defender a Glen. Me ha sugerido que intente conseguir de usted, una ayuda moral y personal. Es difícil exponérselo, señorita Girard.

—Usted es amigo de Glen, y esto basta para que yo le escuche con amistad.

—Hacía ya tres años que no nos veíamos. Le advertí a Glen que se ausentara de Francia, porque yo tenía noticias de que se reunía con individuos con antecedentes penales. Por un equivocado concepto de la hombría, Glen desprecia a los policías. No quiere reconocer que nosotros arriesgamos la vida defendiendo normas de ley, sin las que el mundo sería el imperio de los sin escrúpulos. No me quiso escuchar… y tuve que detenerlo.

Daniele Girard miró de pronto a Lester, con asombro y reproche.

—Le extraña que yo afirme ser amigo de Glen, y que a la vez le notifique que yo le detuve. Creo haber cumplido con mis dos deberes: el de amistad sincera y el de mi profesión. Supóngase que el atraco hubiera tenido éxito. Estaba ya definitivamente perdido Glen Preston. Ahora… si cuenta con alguien a quien quiera… Si cuenta con usted, podrá rescatarse de este mal paso.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, no citarme para nada, porque Glen, y yo haría lo mismo en su caso, no aceptaría nada de mí. Después… si usted realmente quiere a Glen, acepte lo que me sugirió el abogado. Si Glen es condenado a unos años de presidio, cuando salga será un delincuente peligroso. Puede salvarse, si usted… con valentía, acepta ser…

Se interrumpió Duff Lester, que sonrió molesto, porque se daba perfecta cuenta de que enrojecía. Añadió bruscamente:

—El abogado sabrá exponérselo con delicadeza, señorita Girard. Vaya a verle. Y recuerde que el orgullo de Glen, lo estropearía todo si supiera que yo he intervenido en todo esto.

—Tengo el convencimiento de que usted es el mejor amigo que ha podido tener Glen.

—Gracias…, pero no se lo diga a él. Mucha suerte, señorita Girard. Usted es una muchacha magnífica, y Glen es muy afortunado al contar con su amor. Bueno, mucha suerte, y adiós.

El americano se marchó a largas zancadas. Daniele Girard, mientras se encaminaba a la dirección de Gaffieri, que encontró en el listín, reflexionaba en la extraña, pero muy viril amistad de Duff Lester…

CAPÍTULO III

Glen Preston sabía ya que el elegante individuo que acababa de entrar en la celda, era el abogado defensor Charles Gaffieri, porque le había sido comunicado por la mañana, mediante un oficio que le leyó un secretario de juzgado.

Charles Gaffieri poseía inteligencia y tacto. Permaneció en silencio, mientras el celador introducía una silla, cerrando después la puerta enrejada y alejándose, con la ritual advertencia:

—Si me necesita, *Maître*, no tiene más que llamarme.

Charles Gaffieri, sin sentarse, y a la par que abría su cartera de documentos, saludó:

—Espero que podré serle útil, señor Preston.

—Y yo deseo que no me quiera usted convencer a mí mismo de que yo estaba cogiendo margaritas en el Gran Casino. Y ya que está aquí, ¿puede sacarme de una duda?

—Si está en mis posibilidades…

—¿Por qué en Francia llaman con el mismo calificativo a los camareros en jefe, y a los abogados?

—Será porque antes de inspeccionar los guisos, pasaron años en la cocina. Y yo fui mucho tiempo el secretario de uno de los más eminentes criminalistas. Trataré de ser breve, señor Preston.

—Le quedaré muy agradecido.

El tono voluntariamente cínico del procesado, no podía impresionar a un «gato viejo» del Palacio de Justicia. El abogado sacó de uno de los compartimientos con cremallera, dos hojas tamaño folio, mecanografiadas, y una cuartilla. Las presentó a Preston, que las cogió.

—Si tiene la bondad de firmar, me facilitará la tarea, señor Preston.

—Su tarea consiste en procurar que se apiaden de mí los del tribunal, ¿no? ¿Qué truco empleará? ¿Presentarme como un

candidato a la camisa de fuerza, o cómo un ingenuo engañado por los dos que murieron en el atraco?

—El oficio primero, es para constancia de que usted percibe mensualmente una renta de veinte mil francos. ¿Quiere firmar?

Preston cogió la estilográfica que le presentaba el abogado, y firmó. Miró después con sonrisa sarcástica, al que sin inmutarse, prosiguió:

—El primer folio, es para constancia de que usted, casi a diario, frecuentaba la bodega del bordelés Soulac en el Barrio Latino, donde los vinos son excelentes, y en cuyo establecimiento era asiduo bebedor y buen cliente, conocido por todos los habituales.

Rasgueó la pluma, al pie del folio. No lo leyó Preston.

—La tercera y última firma, admitirá la incontrovertible verdad, de que no llevaba usted arma alguna, cuando se entregó a un policía de segunda, llamado Duff Lester.

En alto la pluma, acentuó Preston su sonrisa:

—Una falsedad, *Maître*. Yo llevaba una magnífica automática con ocho balas, calibre del «7’65», marca belga «F. N.», y en cuanto al cochino que me quitó el sentido, tuve el placer de darle trabajo.

—Fue usted cacheado por otro agente, que ha declarado no haberle hallado arma alguna. Yo me permitiría darle un consejo, si me lo tolera, señor Preston.

—Su cortesía no me desagrada, *Maître*, porque no es empalagosa. ¿Cuál es el consejo?

—En el acto del juicio, usted adoptará una actitud plenamente estoica, sin sonrisas ni abatimientos. Oiga lo que oiga, no intervenga. Facilíteme la tarea…, y evite hacer sufrir a una dignísima señorita que ha aceptado el mayor de los sacrificios, porque le quiere a usted, y es de respetar su deseo de procurar verle libre pronto.

—¿Se refiere, a quién?

—A la señorita Daniele Girard. Vino a visitarme, y todo su temor es que usted no acepte sacrificios. Hágalo por ella. Usted verá, señor Preston, que yo no me finjo campechano, ni alardeo de representante de ninguna ley. Mi deber es rebatir la acusación, y gracias a la sublime decisión de la señorita Girard, puedo afirmar que si usted quiere evitarle a ella, la pena de ver que ha sido inútil su sacrificio, se portará como le pido en el acto de la vista.

—Dígame antes de qué sacrificio se trata.

—Ella ha declarado que ustedes se iban a casar, y que siempre aludía usted al hogar palaciego que quería preparar para ella. Y por último, he logrado un certificado médico, naturalmente de un buen amigo, según el cual ella tendrá un hijo.

—¡Esto no lo tolero! ¡Es una infamia, contra la más buena y sencilla de las mujeres…!

—Ya ha firmado ella la declaración. No haga que su sacrificio sea inútil, y sepa una cosa, señor Preston. Si usted fuera un vulgar criminal, yo no hubiese aceptado la sublime mentira de la señorita Girard. Ella le quiere, lo ha demostrado, y usted como hombre viril no puede escarnecerla ante un tribunal. Veo que está usted emocionado, y me agrada. Pero cuento con que en el acto de la vista no se moleste por las cosas poco elogiosas, que de usted diré. Es mi oficio. Si no tiene ninguna petición que hacerme…

—¡Quisiera verla a ella!

—Imposible. Debemos evitar que el señor fiscal, consultando el registro de visitas, pueda decir que ella y usted se pusieron de acuerdo.

—El fiscal podrá decir que usted lo tramó.

—Perdón, perdón… Eso sería una calumnia, y no se estila entre honorables miembros del Colegio de Abogados. Creo, que la vista tendrá lugar a fin de semana.

—¿Declarará en ella un cerdo llamado Duff Lester?

—El agente de segunda Duff Lester ha hecho su declaración por escrito, y ha sido enviado en misión de servicio a la Costa Azul, y según me han informado, tardará semanas. He tenido el honor de saludarle, señor Preston.

—Un triste honor para usted —sonrió Preston, pero su cinismo sonó a falso.

Cinco días después, con escaso público, porque en otras salas, había causas más escandalosas, se reunió el tribunal que había de juzgar a los hermanos Carleti y a Glen Preston.

El fiscal tenía la oratoria seca y sin florituras del acusador convencido de la claridad de los hechos. Calificó a Máximo Carleti, de «víbora mordiendo el seno que le alimentaba», y a Gino, de «mísera lacra social que pretendía emular en Francia fáciles carreras sangrientas de italianos americanizados».

Apuntó entonces con mano desdeñosamente ondeante, a Glen Preston:

—No hallo palabras en el vasto repertorio jurídico, para calificar lo incalificable. Ved ahí, a un rentista, a un hombre que mensualmente percibía veinte mil francos, estando pues a cubierto de toda necesidad. El Ministerio Fiscal compadece al delincuente cuando es guiado por un impulso ambiental, pero ha de redoblar su repulsa contra un sujeto incalificable, que considera un deporte ser cómplice de asesinos. Las balas que hirieron levemente pudieron matar… Si para los hermanos Carleti, me limito a solicitar la merecida sentencia de cinco años de trabajos forzados, me consideraría ofendido en mi conciencia de representante de los ciudadanos franceses, si este superfluo, inútil y cínico criminal rentista, llamado Glen Preston, no cumpliera la justa pena de quince años de presidio mayor que para él solicito. He dicho.

Se sentó con el gesto de un hombre que acaba de demostrar que dos y dos eran cuatro, y que casi sentía haber hecho perder el tiempo a sus oyentes.

Maître Gaffieri, al ser invitado, hizo un cortés saludo, y las amplias mangas de su toga aletearon al cruzarse de brazos muy lentamente. Eran muy apreciadas sus facultades irónicas.

—Con la venia de la Sala, he de confesar en inevitable confidencia pública, que agradezco al honorable señor fiscal, las facilidades que me ha otorgado. Ha calificado de deportista a mi defendido, y ha hecho resaltar lo superfluo e inútil del gesto de Glen Preston, acompañando a dos profesionales como lo eran los difuntos Passis y Monfiore. En el atestado constan determinadas minucias superfluas e inútiles, sobre las que sería de mal gusto insistir. Lo son, las doce citaciones en la orden del día de la brigada de choque «76», las tres medallas al valor supremo, y la cinta blanquiazul por individual heroicidad. ¡Ah, señores míos!…

Las mangas negras se convirtieron en alas.

—¿Es que acaso he citado la hoja de servicios de un exsoldado para invocar la psicosis de guerra? Cualquier médico sabría certificar que en el aburrimiento de esta paradójica paz que intentamos disfrutar, los antiguos héroes, en espera de revalidar sus méritos en la próxima, andan un poco desquiciados. Pero yo no soy charlatán de feria. Me limito a exponer, y no a adornar el artículo.

En el atestado, consta que Glen Preston se aficionó al dulce y engañoso vino bórdeles. Se rodeaba de sujetos que dándoselas de valientes, hablaban de delitos sacando a relucir la supuesta hombría del atracador. Glen Preston, que tenía cubiertas sus necesidades, como ha tenido la bondad de recalcar mi colega circunstancialmente rival en noble lid, acompaña a cuatro «gangsters», silbando un aire marcial, aprendido entre las amapolas rojas que cubrieron las tumbas de nuestros aliados, y con las manos en los bolsillos, en los que como arma contundente se le encontró un cortaúñas. ¿Está loco mi defendido? ¡No! Sería irrespetuoso declarar que es un bizarro luchador, que con exceso de espíritu de las viñas francesas en las venas, acude a Etrètat, como un deportista al estadio. Y por esta misma razón, para evitar que confunda el suelo francés metropolitano, con una cabeza de puente de desembarco, yo recomendaría al tribunal que lo envíe a un Batallón Disciplinario de África, por tres años. El estado francés no es ingrato… ni es derrochador. Alimentar a un prisionero es derrochar, y sería ingratitud no dar a un guerrero en paro forzoso, ocasión de revalidar sus laureles. Y por último, en el atestado figura un punto muy delicado, referente a una dignísima enamorada, a la que con elegancia espiritual mi colega, el señor fiscal, no ha citado como testigo. Yo no represento a los ciudadanos franceses, sino a un muchacho extraviado, que encontrará la redención volviendo a vestir un uniforme, y al término de su redención, encontrará los brazos amantes de una esposa francesa. He dicho.

Glen Preston escuchó con estoica impasibilidad. Le favoreció su actitud, y el tribunal que había decidido admitir las conclusiones del vocal ponente, pidiendo cinco años de presidio para Glen Preston, encontró hábil y patriótica la postura de un defensor, que no pedía indulto, ni invocaba liberaciones pasadas, sino un servicio a prestar.

De nuevo en su celda, tras haber oído que se le destinaría a un batallón disciplinario africano, por tres años, Glen Preston se puso en pie, cuando entró Charles Gaffieri.

—Tengo que aclarar, señor Preston, que si hubiese pedido la absolución, le hubieran sentenciado a cinco años de presidio.

—Su defensa ha sido poco insultante, *Maître*. Y de carambola, ha conseguido usted que a los dos hermanos Carleti, les den también

un par de años de «Bat
d’Af».
¿Podré ver a Dany?

—Mañana será usted trasladado a La Rochelle, de donde zarpan los «cargos» africanos, correillos militares. Yo conseguiré que antes de subir a la furgoneta policial, tenga una entrevista lo más larga posible con la señorita Dany. Espero obtener media hora. Y puedo afirmarle que sin la declaración que ella firmó, no hubiéramos conseguido este resultado.

—¿Sus honorarios, *Maître*?

—Me doy por bien pagado, porque sé que usted cumplirá siendo el hombre que ella desea que usted sea. Le digo adiós profesionalmente, y hasta la vista, como particular.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, en un locutorio, donde un celador paseaba con rutinaria indiferencia. Glen Preston sintió algo semejante a afonía, cuando ante él vió a Daniele Girard, que tímida y casi como si fuera ella la sentenciada, dijo al cabo de un corto, pero intenso silencio:

—Me sabe mal, Glen, tenernos que separar por algún tiempo.

—Soy como soy, Dany, y nunca me he sentido avergonzado ante nadie. Yo… no sé cómo pedirte perdón. Y escucha, si quieres llorar, no me enfado. Te hará bien, porque aguantar las lágrimas, dicen que mortifica mucho por dentro… y yo por dentro, tengo algo que me mortifica mucho.

Ella avanzó, para abrazarse a él, que era un medio de ocultar el silencioso llanto, que sacudía en rus hombros.

Glen Preston trató de ser jovial al decir:

—Encontrarás al hombre que te mereces, Dany.

—Te quiero a ti, y te esperaré, Glen. Yo quisiera que me permitieses ir a Sidi-Bel-Abbes, que es la guarnición a dónde vas.

—No aceptan visitas allá. Conocí a varios muchachos de los «Bat
d’Af»,
agregados a la Legión Extranjera. Tenían novia o esposa, pero no eran como tú, Dany. Supongo que a tu padre le dijiste que era mentira…

—Le dije que era mentira, pero como insistí en no retractarme, está enfadado conmigo, aunque me perdonará.

—¡Condenado y rastrero soy, por haberte…!

La mano de ella le cubría los labios.

—Nos queremos, Glen y basta. Iré donde vayas, y aunque no pueda verte, estaré cerca de ti.

—Si abandonas tus estudios, si te condenas a destierro, te juro, por el mismo amor que nos tenemos, que nunca más volveremos a vernos. Yo estaré tres años donde sea, y cuando esté libre, vendré a preguntarte si tengo derecho a trabajar para ti, pero será si tú permaneces donde debes estar: terminando tus estudios, para ganar unas oposiciones. Y ahora dame un buen beso de afecto y pide perdón a tu padre, que yo le escribiré, diciéndole que si hubiera más mujeres como tú, todos los hombres seríamos unos angelitos. Anda, sonríe un poco, así… ¡Clic! Ha sido usted retratada, señorita, y esta hermosa sonrisa me la llevo en el corazón. Vete, sin palabras, cariño… Hasta pronto…

El celador cerró la puerta, y vuelto de espaldas, Glen Preston supo dominarse. Poco después entraba, esposado, en el compartimiento de la furgoneta, cuya penumbra era apenas aclarada por las rejillas superiores.

En el interior había dos agentes dando frente a los hermanos Carleti, y Gino saludó:

—Hola, héroe. Con la venia de los custodios, he de decirte que a mi hermanito le ha hecho poca gracia eso de ir a un «Bat d’Af».

Máximo, el *croupier*, rezongó:

—En una cárcel portándose uno bien, se engorda. En cambio, allá en África, aparte del calor, nos van a brear a palos.

—A palos, no —rebatió Preston, ya sentado, y teniendo enfrente al agente de escolta—. Los cabos emplean procedimientos más amables: un saco de arena atado con alambres a la espalda, y te dan un pico para que no te aburras, ¿verdad, señores?

Uno de los policías se encogió de hombros al replicar:

—A mí me importa muy poco que os den morcilla o veneno. Pero vamos al caso de ser yo el que iba para allá: lo preferiría a vegetar en un presidio.

Los otros dos policías dormían, actitud que imitaron los esposados. A media tarde, eran inscritos en la celda común, donde había ya una veintena de forzosos soldados.

Correspondía al de más «categoría», interrogar, y eligió a

Máximo Carleti.

—Dile a Jojó Leduc por qué estás aquí, nene.

Un clásico matón de barrio bajo, recio, y creyéndose humorista.

El ex*croupier* replicó respetuosamente:

—Un atraco que falló. Murieron cosidos a tiros los otros dos de la banda.

—No se dice cosidos a tiros, sino acribillados, nene. Se cose a puñaladas. A ver, repite…

—Acribillados a tiros.

En la espaciosa jaula, las literas superpuestas a dos en hilera a cada lado, era como el patio de butacas de un teatro granguiñolesco.

Jojó Leduc miró ahora a Gino Carleti, que habló:

—Yo soy el hermano de éste, y te advierto, que a mí no me asustas.

Jojó Leduc sonrió como el tenor que se prepara a dar el trino que le ha dado fama. Miró a la «galería».

—Llegó un valiente, y hay que comprobar si ladra, cacarea o muerde. Verás, aquí nos aburrimos, ¿sabes amigo? Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Gino Carleti.

—Ya me basta. Ladras tan sólo.

Le volvió la espalda, para mirar a Glen Preston.

—El tercer elegante, o diré mejor el primero. Lleva un traje de buen paño, y tiene un aspecto gentilmente deportivo. ¿Eres también un Carletinini?

Glen Preston arqueó las cejas y movió los labios, con mímica que denotaba tanto aburrimiento, que Jojó Leduc se sintió agraviado.

—Este Carletinini es mudo, y además arruga la cara con arte. A lo mejor era actor.

—Escucha, compadre. Me llamo como a ti no te importa, y no me sale de las narices pelear contigo, porque si te aburres te subes a un palo, y parecerás un mono buscando cocos, lo cual será un favor para los demás, porque nos reiremos. Como tú, he conocido a montones, y total mucha fachada y nada dentro. Conque, si estás de payaso, no vales, porque no tienes gracia, y si estás de machote, yo no creo que aquí dentro metan a novicias.

Jojó Leduc encogió el cuello, y comentó bastante injustamente:

—El chico es un matón asqueroso, y como lo ignora, le tendré que explicar que de rejas para adentro, a nadie le piden cuentas, si se rompe la cara.

Se abalanzó con táctica muy ejercitada, simulando embestir en doble directo. Glen Preston dió un paso de lado, y adelantó una pierna. Jojó Leduc frenó, para pasar al segundo tiempo de la toma de contacto.

Una patada lateral que hubiera puesto amarillo de envidia a un mulo, y que a él le puso blanco, porque en el estómago acababa de encajar un alevoso codazo, precisamente en el centro del diafragma.

Retrocedió para acariciarse el estómago, y aspirar aire. Glen Preston, con gesto de fastidio, expuso:

—Nos vamos a hacer daño tontamente, Jojó. Verás que tengo buena voluntad, porque me has dedicado un gol de *penalty*, y me he contentado con codillearte la caja del pan.

Desde un camastro, entre los silenciosos mirones, hubo uno que opinó:

—Deja la cosa, Jojó. Este chico tiene razón.

Pero Jojó Leduc tenía su honrilla profesional, y volvió al ataque, pero con toda clase de precauciones. Conectó limpiamente un derechazo a un lado del rostro de Preston, que tuvo que encajarlo, en evitación de peor, aunque fué a cambio, de aplicar una zancadilla trasera, al tiempo que como un émbolo su cabeza chocaba por tres veces, a veloz martilleo, el pecho y cuello de su antagonista.

Cayó de espaldas Leduc, y entonces Preston saltó, rebotando también tres veces, la primera sobre el pecho, la segunda sobre el estómago, y la tercera y última sobre la cara del que manoteó angustiado, para casi al instante permanecer inmóvil, e incorporarse velozmente, cuando volvía la espalda Preston.

Y vuelto de espaldas, Glen Preston dió un taconazo que resonó crujiente, dejando fuera de combate y con la barbilla hendida a Jojó Leduc.

El mismo mirón que antes habló, tomó de nuevo la palabra:

—Yo me di cuenta que este talento, iba a perjudicar a Jojó, pero éste se lo buscó. Me llamo Alex Drol, y me como un zapato, si tú no estuviste entrenándote desde el 41 al 45.

Saltaba de su camastro y, avanzando, ofrecía su diestra, añadiendo:

—Me dió a mí por sentirme legionario. Estuve en a 114 compañía.

—Me llamo Glen Preston, y me dió por empeñarme en vivir en la «76» de la Infantería Mixta.

—¡Vaya con el yanqui! —exclamó uno, riendo.

—Tan francés como tú, y en el mismo bote ahora. Bueno, yo no quisiera pareceres un pendenciero, pero ya os disteis cuenta de que si no le sacudo a Jojó, me desloma.

Dos reclutas a la fuerza, estaban atendiendo al maltrecho Leduc, que trataba de mascullar amenazas terroríficas.

En la cancela repicaron unas llaves, y un oficial de prisiones, llamó:

—¡Inspección médica a los denominados Alex Drol, Jacques Granier y Glen Preston!

Los tres citados entraban poco después en la sala de enfermería, donde además de un individuo con bata blanca, y dos guardianes, había un subteniente de la Legión Extranjera, ya canoso.

—Hola, vosotros tres. Soy el suboficial Marcoff, del Enganche. He revisado la lista, y si queréis, y estáis en buen estado, en vez de ir a sudar tinta en el campamento de Sidi, os podéis dar un viaje entretenido. A Indochina. Tres años allá, si los aguantáis, os pondrán en forma. Por orden alfabético. ¿Te conviene, Drol?

—Una pregunta ofensiva, señor Marcoff, que aun no estoy enrolado, porque no le he enseñado las muelas al matasanos.

—Pues ahí lo tienes, Drol. Enséñale las muelas, pero no rebuznes. El segundo, Granier. ¿Te conviene?

—Mire usted, capitán Araña. A mí me gusta el arroz en el plato, y prefiero tres años tomando el sol de Sidi, que meterme en arrozales hasta el cuello, y…

—De acuerdo, Jacques. Allí tienes la vía de escape. Acompañe al inteligente y sensato Granier, guardia. El tercero, llamado Preston…

—Soy todo suyo, mi subteniente —dijo amablemente Preston.

Mientras el médico iba examinando a Alex Drol, el subteniente Marcoff fué exponiendo:

—Tenéis los dos un espléndido historial, y como todavía no habéis firmado nada, podéis oírme si os da la gana, y tenéis las

orejas limpias. Yo soy del Enganche, pero flotante. Es decir, voy y vengo. He cosechado con vosotros dos, trescientos doce valientes. Algunos por patriotismo, los menos, y los demás, mitad por aventureros y mitad por hambrientos de pitanza y presumimiento. Ninguno va engañado. Vais a pertenecer a los que como decía Granier, el muy sensato, se meterán en arrozales hasta el cuello. La expedición sale de Lorient, y vendréis conmigo hasta el barco. Si habéis de maldecirme mañana, mejor que hoy os lo penséis. Ya sé que tú estuviste en la Legión, Alex, y que tú, Glen, fuiste uno de los supervivientes de la «76». Bueno, pues todo aquello fué una merendola aldeana, comparado con los arrozales. No me lo digas, Drol… ¿A que ibas a decir: «Por favor, señor Marcoff, ¿no me asuste usted?».

Alex Drol, que presentaba el fuerte bíceps a la inyección, sonrió:

—Usted es un veterano, subteniente Marcoff. Yo no gasto bromas con hombres respetables y serios.

La sonrisa de Igor Marcoff era la mejor imitación de un perro dogo con dolor de muelas.

Glen Preston empezaba a sentirse a gusto. Intervino:

—Métase un poco conmigo, abuelo.

—Hazlo tú, hijo —aceptó, benévolo, el cincuentón.

—Usted es de los rusos llamados blancos, ¿no? Y de ésos en la Extranjera quedarán poquitos.

—Veintitrés hasta el catorce de febrero, que fue cuando dejé el campamento de Phompenh, cerca del delta del Mekong.

—Entonces, no puedo meterme con usted, subteniente Marcoff, porque sería como si un jilguero pretendiera reírse de un buitre.

—Muy bien dicho —aprobó, satisfecho, el veterano.

El médico dijo al cabo de unos minutos:

—Listos para que les tomen la medida del ataúd, Marcoff.

—Andando, tan pronto echéis un garabato aquí. Es el duplicado que pasa a poder de los archivos de Justicia. Andando, hijos.

En la calle, Preston aspiró con deleite el aire húmedo y salobre. Al otro lado de Marcoff, Alex Drol, se mantenía respetuosamente silencioso.

El primero de julio, el transporte «Brazza» zarpaba llevando material sanitario y trescientos doce legionarios, con rumbo a Saigón.

Una larga travesía, en que los naipes constituían el instrumento preferido de matar las horas, en espera del momento de matar o morir. Había quien devoraba los libros de viajes sobre Asia, pero los más preferían beber y tratar de olvidar.

Glen Preston prefería charlar con Alex Drol, porque congeniaba con el reenganchado legionario, cuya frase favorita cuando ambos comprendieron que podían ser carne y uña, era:

—Yo lo que sé, yanqui, es que en la última dimos el pecho, pero en ésta de Conchinchina, vamos a sacarle rendimiento al cerebro.

Y las diversas sugerencias que hizo Alex Drol, fueron muy del agrado del aventurero e inquieto Glen Preston.

CAPÍTULO IV

A fines de agosto, dos meses después de haber zarpado el «Brazza», el agente de segunda Duff Lester, que había estado de servicio en Niza y Deauville, regresaba a París, convocado por una orden escrita firmada por su inspector.

Fué recibido por un huraño desconocido, que anunció:

—Éste es el despacho de su inspector, pero le atiendo yo, agente Lester. Soy el comisario Morny. Siéntese. Posiblemente ignora usted que trimestralmente hay una inspección de los expedientes cerrados. Me perteneció a mí, inspeccionar este trimestre. Una vocación muy firme es corroborada por la fidelidad más implacable, agente Lester. Ha prestado usted servicios muy elogiosos, y se considera un agente de primer orden.

—Gracias, señor.

—Me ceñiré al caso concreto de un frustrado atraco. Sucedió exactamente el catorce de junio pasado. El atraco se frustró, porque usted personalmente se convirtió en la eficaz sombra de los sospechosos. No quiero presumir de ingenioso, si le digo que me llamó la atención una nota confidencial añadida al expediente cerrado el diecisiete de junio. La nota tenía fecha del doce de julio.

Duff Lester escuchaba con atento semblante.

El comisario hablaba secamente:

—La nota aludía al hallazgo de una mohosa pistola automática, que fué extraída por un pescador. Calibre 7’65, fabricación belga, con ocho balas en el cargador completo. Propiedad de un excombatiente llamado Glen Preston. ¿En qué fuerzas luchó usted, agente Lester?

—En la brigada «76», la misma que Glen Preston.

—Gracias, muchacho. Veo que quiere ayudarme. Es desagradable tener que reprocharle un exceso de amistad. Usted declaró por escrito, que Glen Preston opuso la mínima resistencia.

Han sido interrogados los tres contables y sus compañeros en aquella operación. Están de acuerdo en que Glen Preston no le destrozó a usted, porque posiblemente tiene usted un gran porvenir en la lucha libre. Por lo tanto, falseó una declaración. Usted detuvo a los atracadores, pero deliberadamente falseó no ya una declaración, sino una prueba y grave. Glen Preston se benefició con tres años de Disciplinario, porque hizo gran peso en el ánimo de los jueces, el hecho de que no llevaba armas. El agente Leroy admite que usted pudo muy bien sacarle la pistola a Preston, ya que lo esposó por la espalda, pero como es natural, no lo afirma. Yo lo afirmo, Lester. Por exhorto, tengo la declaración de Máximo Carleti y su hermano Gino, que se contradicen. Máximo jura que Glen Preston iba armado, porque así lo dijo Passis, y Gino, se limita a decir que no sabe nada. Yo le ruego que medite su respuesta, Lester.

—No tengo que meditar, señor. Frente a usted, soy culpable, pero le confieso que mi vocación que creía acendrada, no lo será, ya que duermo con la conciencia muy tranquila. Le quité el arma a Preston, porque se me antojaba que él no merecía ser considerado un vulgar atracador, sino un muchacho extraviado.

—No juró usted ser policía, para convertirse en juez. Su acto de deliberada falsedad, es grave, Lester. No lo es en cuanto a consecuencias, pero sí ante nuestro código particular del Cuerpo. Usted debió encomendar la vigilancia de su amigo Preston a otro agente, o al detenerlo como lo hizo, no falsear pruebas. Lo siento, Lester, pero ha dejado usted de pertenecer al Cuerpo. No se le instruirá expediente, porque concurren atenuantes.

Duff Lester fué dejando sobre la mesa, el tirante con la funda pistolera, el carnet y la placa. Dijo ceñudamente:

—Usted tiene razón, señor, pero repito que mi conciencia no me reprocha nada. Glen no disparó, y es demasiado buen luchador, para llegado el caso de no haber estado yo presente, no emplear armas puesto que le sobraban los puños, cabeza y piernas.

—Una hipótesis incontrolable, Lester. Llevaba una pistola… Pero ya está zanjado el incidente. No me guarde rencor.

—Ninguno, señor. Es de justicia.

—Veo que es sincero. Ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Amplios campos hay para el trabajador —sonrió Lester.

—¿Ha oído hablar de la policía del Despacho Colonial?

—Creo que es una organización anexa al «Deuxieme Bureau» de Contraespionaje, y que actúa en África, Asia y todas las posesiones coloniales francesas.

—Así es. Y usted habla varios idiomas. No es usted expulsado del cuerpo, Lester, sino un cesante, y le puedo extender voluntariamente, un certificado explicando claramente los motivos de su cese, que no son deshonrosos.

—Gracias, señor. Acepto.

Y así fué como el agente de segunda Duff Lester, recibió credenciales de agente secreto del Despacho Colonial. Le hicieron una pregunta:

—¿Tiene preferencia por alguna colonia, Lester?

Duff Lester pensó en una joven radiante de sencillez, que estudiaba en preparación de oposiciones para funcionaría colonial en Indochina.

Contestó, muy ignorante de que en los arrozales de Indochina, había un legionario llamado Glen Preston:

—Siempre he tenido curiosidad por ver de cerca a esas preciosas muñecas indochinas.

—Ha elegido el terreno más resbaladizo. Llévese esta carpeta, Lester. Estúdiela, y devuélvamela a fin de semana. Le indico tan sólo, que cuánto contiene es estrictamente confidencial y secreto. Se refiere a una secta llamada «Red del Dragón».

La jungla anfibia, donde los arrozales y cañaverales trenzan laberintos pantanosos, se extendía reluciente como mica al reflejo del ardiente sol.

La quieta agua fangosa del Delta, exhalaba un vaho pestilente, mientras el «Sexto Móvil», continuaba su lenta marcha en aquel universo de barro.

Parecían interminables aquellos grupos de bambúes gigantes, por entre los que como mosquitos, zumbaban de pronto los fusiles de los guerrilleros indochinos.

Unos mosquitos inapresables casi siempre, porque por consigna tenían la de atacar repentinamente, y retirarse velozmente.

El «Sexto Móvil» era una sección más de legionarios, que tenían por misión ir recorriendo zonas del Delta intentando sorprender en alguna aldea grupos de guerrilleros.

Lo que desesperaba al mando francés, era que el enemigo nunca

se presentaba en formación de combate, sino por pequeñas partidas, bien adiestradas, donde cada guerrillero, una vez disparado su cargador, lanzadas las granadas, emprendía una retirada aislada e individual, hacia un refugio que sólo él conocía, y del que, más tarde, salía para reunirse con el resto de su grupo disperso.

El fango resbalaba desde el pecho hasta el suelo de los legionarios, obligados muchas veces a penetrar en el agua, hasta los sobacos. Debían entonces mantener los brazos en alto, para evitar fuera inutilizada la munición. En la diestra, el fusil, y en la izquierda el cinto con tirantes, en los que se encerraban cuatro bombas de mano.

Habían salido del cuartel de Cholon, al este de Saigón, cuatro días antes, a los acordes de una briosa marcha, y braceando con marcial arrogancia.

Eran ahora unos hombres hirsutos, ojerosos, acechando constantemente por dónde vendría la muerte. Las sucesivas capas de barro que iban resecándose, les dotaban de un segundo uniforme superpuesto.

Habían salido treinta y seis, incluido el oficial, que ahora era llevado tendido sobre una escalera de juncos, por dos hombres heridos, que introducían la cabeza por entre dos barrotes, y así en aquella improvisada camilla cogida en una aldea arrasada a fuego, podían los dos maltrechos camilleros servirse de las manos.

Mandaba ahora la sección reducida a veintiún hombres, un grueso sargento colorado y poseedor de un macabro humor, que él estimaba muy reconfortante y animador.

Les quedaban aún cuatro días de servicio. Dormían mal y con frecuentes alarmas, por turnos, desde que anochecía hasta el amanecer. Las alarmas tenían una característica diabólica muy oriental.

Desde lejos eran arrojados sacos, cuya caída semejaba la de un cuerpo humano. A la vez, alguien disparaba desde un grupo de cañaverales. Todos los durmientes se despertaban.

El saco contenía unas veces gatos, otras el cuerpo mutilado de un legionario…

Por las lenguas barrosas que surcaban el suelo constantemente, bajaba de pronto un barquichuelo cubierto con una lona, y sonaban estruendosos disparos.

Nueva alarma, y se trataba de un esquife dejado a la deriva, con ruedas de petardos, reunidos con mecha lenta.

Y era preciso despertarse, aun sabiendo que de diez casos, nueve era una falsa alarma. Bastaba que la décima vez fuera verdaderamente un ataque, para exterminar la sección.

Con ello, los guerrilleros conseguían su propósito. Reventar de cansancio a los legionarios.

El sargento Meyer, un alsaciano, cuando era distribuido el líquido caliente, en que se había fundido cubitos de caldo, paseaba por entre sus subordinados, dedicándoles frases de estímulo, a su modo.

—Tú vas bien, legionario Carrel. Llegarás hasta pasado mañana, pero es el sábado cuando debemos volver a Cholon.

El legionario Carrel, vendado un hombro, y ardiendo de fiebre por la herida que le cortaba hondamente un muslo, se encogía de hombros. Tenía derecho el sargento Meyer a ser tan idiota, opinaban los legionarios, porque era valiente hasta la increíble hazaña, y había salvado muchas vidas ajenas.

—¿Qué tal, legionario Drol? Hijo mío, te creen inteligente, y yo estoy seguro que eres un borrico espantoso. Pudiste estar picando piedras en África, y viniste aquí. No gruñas, y habla claro.

Alex Drol, macizo, hercúleo y cínico, aguantaba mucho. Se miró la mano derecha, abierta, y comentó:

—Tengo cutis de aristócrata, mi sargento, y otro se hubiera dado cuenta. Pero usted, sigue siendo el sargento Meyer.

—Hijo mío, no sé si es insulto o es elogio, pero lo que sí sé es que con tu metro ochenta es imposible que los
«Chu-luc»
no te atinen antes del sábado.

—Gracias, mi sargento. Pero los borricos siempre sobrevivimos, siempre.

Hans Meyer continuó su paseo de amistosa revista.

—Hola, legionario Preston. Siempre gallardo y agresivo. Estoy muy preocupado con usted, señor legionario Preston. Yo no quisiera que se llevara una mala impresión de la hospitalidad francesa. Aunque me tranquiliza pensar que con barro dentro de los ojos, oídos y boca, sumergido bajo esta deliciosa agua amarilla, no criticará usted el panorama. ¿Dice algo el señor yanqui?

—Yo digo, mi sargento, que algún día le pillaré por Chicago, y ya que estos torpes
«Chu-luc»
no saben sangrarle, tendré sumo placer en ver si su sangre tiene el color que me supongo.

—¿Qué color tiene, hijo mío? —indagó, contento, el veterano.

—Negra como la pez, mi sargento.

Y poco después, el sargento Meyer, cuadrándose ante el malherido oficial, daba la novedad:

—El espíritu del «Sexto» es excelente, señor. Responden adecuadamente. El legionario Boneval ha sido inyectado, mi teniente, pero me temo que no aguantará hasta el mediodía.

—Dé un rodeo sobre el camino señalado para hoy, sargento. Trate de llegar hasta Takep. En marcha.

—A la orden, señor.

La escalera volvió a balancearse entre las cabezas de los dos portadores, relevados cada día. Les pertenecía hoy a Drol y Preston ser portadores.

El sargento Meyer, dobló el plano, colocándolo entre el forro de su gorro. Todavía la legión no había aceptado el casco, para «paseos de entrenamiento».

Llamó a tres legionarios, a los que miró con riente ferocidad.

—Vais a tener el honor de ser citados como póstumo recuerdo en la orden del día, mis corderos. Tenemos que llegar a Takep, pero es indudable, que alguien nos impedirá llegar donde hay enfermería, rancho caliente y hasta enfermeras. Conque andando los tres, a la distancia reglamentaria, y sin desperdiciar municiones. Bengalas rojas para el aviso, y después, mis corderos, a morir como se debe. Tú hacia la colina aquélla del maíz, legionario Schültz. Tú, hacia el estanque, el flanco derecho de la colina, legionario Cardona. Y tú, legionario Sampol, al flanco izquierdo. Adiós, hijos.

Los tres legionarios saludaron y emprendieron el camino indicado. Servirían de blanco, para alertar a los que les seguían.

Cayeron atrozmente sajados al arma blanca, dos de ellos, pero tras disparar la bengala roja. Los diecinueve restantes, consiguieron entrar en el puesto fortificado de Takep, donde en la enfermería, el legionario Boneval se declaró «muy favorecido, al poder por fin reventar, tendido sobre sábanas y después de un baño caliente

administrado por etapas». Diecisiete reemprendieron la marcha, dejando atrás al oficial agonizante. El sargento Meyer estaba muy cariñoso, mientras apuntaba hacía un negro paraje de arbustos pequeños.

Había ordenado alto, y con los gemelos que le había regalado su oficial, miró hacia el bosquecillo. Comentó:

—Madera de teck, excelente para construcción de naves, mis corderos. Según han dicho en Takep, hay allí unas cosas molestas, muy parecidas a minas, y las manejan unos macacos encaramados en alguno de aquellos árboles. Se trata de acertar el macaco y el árbol… Como veis una cosa sencilla. Y sobre todo no pisar sobre una caja de metralla. Anteayer hicieron la instalación, y como función de gran gala y estreno, hicieron saltar en trocitos más de media sección del Vietnam.

Miró hacia atrás a los legionarios en dos hileras. Rió con repercusión sonora en su compacto estómago y vientre.

—Por cierto, que gracias a que el teniente estaba ya en las últimas, os habéis salvado de llevar la escalera, vosotros dos. Venid acá, Drol y Preston.

Los dos se acercaron, y el sargento conminó:

—Dejad los cintos, porque son material precioso. Os bastará el cuchillo y el fusil. Os adelantaréis por aquel surco quemado, y si os disparan, veremos de dónde.

Glen Preston y Alex Drol se quitaron el cinto con las granadas y el repuesto de cargadores. Hans Meyer prosiguió:

—Los demás, avanzad a distancia intermedia de veinte metros. ¡Tú, legionario Martínez! Veinte metros son veinte pasos largos, ¿te enteras, hijo de la furia?

El interpelado rezongó cosas muy feas para la familia del sargento Meyer, pero como los demás, no podía dejar de admirar la bestial valentía del que en los momentos de lucha, era un energúmeno que parecía tener un pacto de inmunidad contra balas, cuchillos y bombas.

Las dos hileras a la distancia señalada fueron alejándose. El sargento Meyer dijo:

—Vamos, hijos.

Había entregado los dos cintos a otros dos legionarios. Alex Drol comprendió.

Y Hans Meyer se consideró obligado a explicar:

—Por el centro se disfruta de una mayor visualidad. Tú a mi izquierda y no delante, cochino yanqui atrevido.

Glen Preston, mientras avanzaban por el surco hacia el bosquecillo, en el plácido atardecer, comentó:

—Es incomprensible, mi sargento, que usted pueda vivir esta cochina vida, y ser un tan finísimo artista de la elegante ironía.

—Te diré, hijo… Yo hubiese terminado en el patíbulo, y preferí morir con utilidad. Ahora hay cinco probabilidades sobre seis, de que los tres saltemos convertidos en salchichas por los aires… Pero así los demás verán dónde no deben pisar. ¿Te das cuenta, legionario Preston?

Seguían avanzando, pero con los sentidos alerta, aunque parecieran tres amigos en paseo tranquilo.

El bosquecillo, un oasis en los barrizales, iba mostrando ya los contornos de su preciada madera.

—Y además, hijos míos, es preferible andar así, que sentarse en la terraza del «Blagueur», pensando tomar un vermut y recibiendo en plena mesa una granada. Esos bestias de la «Red del Dragón» tienen aterrorizada a la población civil. No pescan a uno solo vivo, porque no hay manera. Un caso curioso… del último que lanzó tres granadas, y ametralló a la salida del cine «Cambodge», cuando lo detuvieron, el parte del forense decía que tenía dieciocho heridas más que graves, y tres mortales. Sin embargo, convertido en una criba humana, seguía disparando su ametrallador… y no tenía ya balas.

—¿Un fanático, mi sargento?

—Vete a saber… Un poco más a la derecha, legionario Drol. Creo que te has dado cuenta de que allí, entre aquellas ramas, ha brillado algo…

Distaban ahora menos de quince pasos del principio de la arboleda. Súbitamente, Meyer se tiró al suelo, girando sobre un costado…

Preston y Drol hicieron lo mismo, pero en sentidos opuestos. Del bosquecillo, brotaban lenguas de fuego.

Dos árboles ocultaban en sus cimas dos nidos de plancha de hierro, forrada con ramaje. Y desde allí disparaban contra el flanco izquierdo en el que tres legionarios habían ondeado el brazo para

arrojar bombas de mano.

Por repercusión estallaron unas cajas medio enterradas. Se generalizó el tiroteo, y como siempre ocurría, los hombres normales se convirtieron en frenéticas masas donde el instinto combativo vencía al sentido de la conservación.

El sargento Meyer tenía la cabeza desnuda, porque el refilonazo de una ráfaga de ametrallador, habíale quitado gorra y parte de piel del cráneo.

Su rostro ya de por sí colorado, era ahora una líquida redondez roja. Daba manotazos para apartar de sus ojos la cortina sangrienta, mientras a saltos, se internaba por entre los troncos.

Habían sido localizados los dos nidos, y convergía hacia ellos, el fuego de fusiles, mientras más destacados, un español, un francés y dos alemanes, en fraternidad arriesgada, corrían para lanzar el resto de sus bombas de mano contra los dos nidos.

Tropezó el español, y arrastrándose, mordió el anillo de la última bomba, tirándola certeramente, porque estaba a muy poca distancia. Una ráfaga le segó…

La escaramuza había durado apenas diez minutos. El repentino silencio que sucedió al estruendo de la postrer granada arrojada por el legionario Juan Martínez, se hizo más denso.

De las ramas colgaban jirones humanos. Las chapas retorcidas iban enrojeciendo al calor de la hoguera encendida por las explosiones…

El sargento Meyer caminaba, mientras Con la mano izquierda iba apretando sobre su cabeza el contenido de un tubo de pomada desinfectante a base de yodo.

El escozor le hacía gruñir, y su mano derecha, más que frotarse el rostro lo arañaba.

Junto al cuerpo del legionario Martínez se detuvo. Tiró el tubo vacío y, arrodillándose, arrancó un puñado de hierbas, que se colocó sobre la brecha empastada.

—Su gorra, mi sargento —dijo alguien a su lado.

Con avidez cogió él su gorra, muy emocionado. Una gorra teresiana, que era casi un amuleto.

Se la encasquetó, y alzó la mirada. Era Glen Preston, cuyo brazo izquierdo colgaba inerte.

—Tú eres un tío listo, yanqui del demonio. ¿Dónde la

encontraste?

—Pues un poco más atrás de donde no le acertaron a dar a usted como era debido, mi sargento.

—¿Mucha pupa en el ala, hijo?

—Un plomo en carne. Nada… Son muy torpes estos
«Chu-luc».
Tenían que aceptar por fuerza a este muchacho.

Hans Meyer miró al español muerto.

—Esta raza es «caliente». Siempre protestan de todo, y llega el momento de trabajar, y ya viste… Llegó el primero. Suerte en el viaje de reposo y licencia definitiva, legionario Juan Martínez.

Del bosquecillo «limpiado», salieron doce legionarios. Tres días después, en el barrio extremo de Cholon, de la capital Saigón, resonaron de nuevo los marciales toques de clarines y tambores, interpretando la canción de los «Móviles» de la Legión Extranjera.

Y nueve hombres, cubiertos de barro, sangre reseca, hirsutos, de ojos dilatados por el cansancio, se alineaban de tres en tres, acompasando el ritmo de sus fatigadas piernas, al vigoroso pataleo con el que el sargento Meyer, abombado el corpachón, marchaba hacia el cuartel agradeciendo la bienvenida ritual.

Era extraño. Siempre lo mismo… Los que volvían con vida, parecían darlo todo por olvidado, al de sentir el vibrar de Cobres y el redoble de parches.

Y la canción era netamente estúpida, y sin embargo, emocionaba… La cantaban los de la sección que se disponía a emprender el servicio de ocho días de «limpieza». La letra había sido objeto de acaloradas discusiones entre los oficiales, hasta que fué aceptada por los subordinados, que la oyeron con risas primero sarcásticas, después aprobatorias.

«No somos perdularios sin patria.
No somos carne de patíbulo sin honor.
No somos canallas sin escrúpulos.
Esto chillan los del frente,
cuando nos ven venir.
Y corriendo, van diciendo:
«No son perdularios,
porque encontraron amistad.

No son presidiarios,
porque matan con libertad.
No son incendiarios,
porque arden en hermandad.
Y es grato morir luchando,
sonriendo, y matando,
porque en cualquier rincón del mundo,
el que dejó amores, madre o rencor,
sabe que después le rezarán con amor,
enemigos, amigos y hermosas.
Abrid paso, abrid paso…
Estos que aquí veis son los legionarios de
Saigón».

A la media tarde, afeitados, limpios, con el uniforme que aun mostraba los pliegues del doblado, los supervivientes del «Sexto» habían percibido los ocho días de sobras atrasadas, más una semana de anticipo. Una semana entera de reposo.

Fueron alejándose hacia Xuyen, un barrio vecino a Cholon, donde se acumulaban los *dancings*, *cabarets* de atracciones, cafés chinos, salas de juego, comedores de diversas cocinas regionales…

Fuera del cuartel, Preston y Drol vieron acercarse al sargento Meyer. Le saludaron al pasar, y el alsaciano se detuvo.

—Ahora me acuerdo que no os acabé de contar lo de la Red del Dragón. Os invito a una botella. No soy ningún perro desagradecido, yanqui. Tú me salvaste la gorra. Y como Drol es tu inseparable, vamos los tres. No pongáis cara de aburridos. He dicho una botella, y nada más. También yo estoy harto de veros el pelaje.

Hacia el *cabaret* «Grand Monde», el sargento Meyer resumió:

—Es para mí una obsesión el pensar qué les dan a estos tipos de la Red. Vosotros sois una banda de bestias…

—Mejorando lo presente, mi sargento.

—De acuerdo, yanqui. Pero somos distintos. Se nos enciende la sangre porque vemos a otros con mala sangre, dispuestos a pelearnos. Pero, estos diablos de la Red, son cosa rara. Pasean fríamente, y de pronto, se convierten en máquinas de matar, ante una terraza de café, una salida de cine, una reunión de burgueses en los jardines… Eso es tener sangre de asesinos. Y cada vez que los

recogen hechos papilla, porque no se entregan, les encuentran lo mismo. Un dragón grabado a fuego bajo la tetilla izquierda. Hijos… Hay cosas que se escapan a mi entendedera. No se sabe bien, ni quién son ni quién los manda, ni que se proponen. La policía y los patrulleros andan de cabeza, sin saber clasificar a estos… ¡Sopla, hermanos, qué doncella!

Y el sargento Meyer se olvidó de la «Red del Dragón», ante la escultural austríaca, que en el tablado central del «Grand Monde», se contoneaba al compás de una música árabe.

CAPÍTULO V

Duff Lester, al abrirse la puerta, se quitó el sombrero «pluma». La muchacha que abrió, murmuró:

—Pase, señor Lester. Sabía que vendría usted.

—¿Ah, sí? Vaya… Pues yo… ¿Cómo está usted?

La salita de recibir era modesta y confortable.

Daniele Girard se sentó. Tenía una expresión de honda pena, y Duff Lester pensó que debía haber reñido definitivamente con su padre.

Expuso:

—Vine a despedirme porque mañana tomo el avión. Un viaje larguísimo. Oiga, Dany… Bueno, perdón, pero así le llamaba Glen… Me tiene que considerar un amigo de veras. Si le pasa algo, debe decírmelo, y desahogarse. No importa que ésta sea la segunda vez que nos hablemos Yo la… aprecio mucho.

—Y yo a usted, porque me doy cuenta de que es un hombre de nobles sentimientos, ¿dónde va usted, Lester?

—Llámeme Duff. Feo, pero corto y práctico. Pues resulta que ahora pertenezco al Despacho Colonial, y me han destinado a Conchinchina. Aterrizaré en Saigón el… Pero ¿qué le pasa, Dany?

—¿Es que… no sabe?

—¿No sé, qué?

—Me supuse que usted sabía…

—Oiga, no juguemos a los acertijos.

Ella ocultó el rostro entre las manos, levantándose y yendo hacia una puerta. Duff Lester se quedó perplejo. Era natural que estuviera ella apenada porque debía esperar cerca de tres años, hasta el regreso de Glen Preston, del Batallón Disciplinario.

Pero echarse a llorar porque él citase Indochina…

Entraba ella de nuevo tendiendo un rectángulo azul. Duff Lester, cogió el telegrama. Los conocía. Eran «participaciones militares».

«SIENDO VOLUNTAD ESCRITA, LEGIONARIO GLEN PRESTON PARTICIPAR USTED NOTICIAS TENEMOS SENTIMIENTO COMUNICARLE MUERTE GLORIOSA CAMPO HONOR».

Duff Lester quedó inmóvil, como el hombre que recibe de pronto un inesperado golpe propinado por mano amiga.

Ella fué explicando:

—Me escribió desde Saigón, diciéndome que prefirió alistarse en la Legión a picar piedras. Me decía que cuando yo ganase la oposición, entonces fuera a reunirme con él, allá… Yo pedí un empleo, y me lo concedieron. Tengo ya el pasaje para la próxima semana… Y él sólo recibía cartas mías. Por eso, me enviaron este telegrama… Lo recibí hace diez días…

Duff Lester no se avergonzó lo más mínimo de sacar el pañuelo, y sonarse ruidosamente. Dijo con ronca solemnidad:

—Es contagioso ver llorar a una mujercita buena. Era un gran chico Glen, y no pudimos despedirnos bien. Pero cuando nos volvamos a ver, en esa región donde dicen que el espíritu sobrevive, entonces no me tendrá inquina. Claro…

Estrujó el pañuelo, y ella le miró con gratitud. Había visto llorar a un hombre muy cabal. Un hombre con el que podía hablar de Glen Preston…

—Claro, yo debí parecerle estúpido, viniendo tan campante… Pero yo no sabía que el pobre Glen ya no podría tener la gloria en la tierra. La gloria es usted. Vamos, sonría, muñeca… Esté segura que es lo que quiere Glen… Claro, que ahora ya no tiene por qué ir a aquel puerco país.

—Lo disentí con papá, y él dice que es un empleo muy bueno, ya que podré seguir estudiando, y en Saigón hay tribunal examinador. Mi padre irá más tarde a reunirse conmigo.

—Vaya, lo celebro, porque así nos veremos allá. Y… podré ir a charlar con Glen. Bueno, para muchos esto que acabo de decir es una locura, pero me comprende… Durante la campaña, algún amigo se quedaba hablando delante de un montón de tierra recién removida, bajo la que estaba su compañero, y era muy natural. A nadie se le ocurría pensar que estaba loco. Yo… le prometo que dejaré sobre la tumba de Glen, un manojo de flores en su nombre,

hasta que usted llegue. ¿Me… avisará su llegada? Oiga, si me dice el barco… Escuche, yo no sé disimular. No lo tome a mal. Yo fui el único amigo de Glen, y mientras él vivía, hubiera preferido comerme la lengua a decirlo. Ahora, yo sé que no es una mala acción, decirle a usted…

Daniele Girard dilató los ojos, sorprendida.

Duff Lester apresuradamente, mirando a otro lado, iba diciendo:

—Un momento muy mal elegido, pero como me voy mañana… El caso es que si usted no cree en los flechazos, yo sí. Y hay que tener presente que Glen nunca se enamoró y estaba enamorado, por lo tanto, significa que usted vale mucho. El caso es sencillo: yo soy soltero, y a lo mejor no soy muy antipático. Luego, viene aquello de que usted se va a Saigón, que es donde yo voy… En fin, el destino… ¡Caray, me he armado un taco! Pero usted me perdonará, y durante la travesía vaya pensando si le doy asco.

—Usted es un hombre agradable y leal, Duff. Si me da su dirección en Saigón, yo en cada escala, le enviaré por avión una carta. Me gustará hablar de Glen…

—¡Gracias! Me voy ahora. Bueno, hasta la vista, Dany. Y escríbame mucho a una dirección donde me darán la correspondencia en seguida: «Pare Cheptel, 12».

En Pare Cheptel, 12, una pequeña calle exterior de Saigón, la planta baja era un amplio garaje de donde salían con la misma rapidez que los coches de bomberos, «*jeeps*» de patrulla para acudir a diversos puntos, donde estallaban bombas de mano, tiroteos y reyertas entre el elemento civil.

Quién visitaba los dos pisos superiores, debía forzosamente entrar por una puertecilla abierta en el interior del garaje. El primer tramo de escaleras conducía a las oficinas administrativas, y centralillas telefónicas.

En el segundo piso estaban los despachos y alojamientos de los jefes de la Policía Colonial especial.

Uno de ellos, el capitán Ives Goffic, fué el que recibió a Duff Lester recién llegado del aeródromo.

—Bienvenido, Lester. Tengo su magnífico historial, y no me cabe duda de que será usted un valioso agente. Normalmente, le hubiese destinado a patrullas, pero hay en usted diversas cualidades, que le acreditan para ser uno más de los que están buscando la raíz de esa

banda de «gángster» que la prensa ha bautizado la «Red del Dragón».

—Ésta es la carpeta con el documentado estudio que me entregaron en París, acerca de esta red, mi capitán.

—¿Qué ha sacado en limpio?

—Soy poco ducho en cuestiones asiáticas, y son numerosas las bandas y sectas de fanáticos que por aquí pululan. Todo parece indicar que es una organización terrorista, pero no política.

Ives Goffic asintió.

—No es política. Los atentados numerosos, obra de otras facciones, llevan un final: echarnos a los franceses de una colonia que nos costó mucha sangre, sacrificios y labor. Pero cada vez que surge un Dragón, ocurre lo mismo. Muy cerca de donde él actúa, desaparecen joyas o dinero. Hemos ido comprobando que en realidad esta supuesta secta oriental podría muy bien ser dirigida y estar constituida por elementos que nada tienen que ver con Asia. Aquí abundan los aventureros de todas razas, Lester. Hay yanquis, viajantes de comercio, hay italianos que fabrican pasteles, helados y confituras, hay franceses plantadores…, No tienen espíritu apocado, porque eligieron Saigón para su aparente tarea. Y después…

Aquí el capitán Goffic suspiró, mientras apretaba el botón de un tercer ventilador:

—Y después, están ellas, Tribus enteras de sudamericanas, que se fingen españolas, rumanas, italianas, austríacas, francesas, inglesas… El batallón de siempre que acude forzosamente a los forzosos lugares de diversión donde el ejército deja sus bolsillos vacíos. Es indudable que entre ellas, hay informadoras de la banda del Dragón. Pero hasta ahora no tenemos la menor pista. Lo que sí tenemos es la seguridad de que ellos están mejor informados que nosotros. ¿Quiere una prueba? Vea.

Ives Goffic sacó de un cajón una hoja, que tendió. Dijo:

—Una lista nominal y numérica de agentes de la Especial. Quince. Han muerto de mala manera, porque el que mejor se salvó, fue relleno de plomo o acero. Los otros… Es poco agradable decirle que recibimos aquí un paquete certificado, que contenía restos del agente marcado con el número once en la lista que está leyendo. Y en los restos… estaba grabado al fuego el maldito Dragón. Un Dragón especial, porque es bicéfalo, y arroja dos lenguas de fuego,

arqueándose hacia atrás. El tatuaje a primera vista parece un caballito de mar… No le he dado esta lista para demostrarle que la pista es peligrosa, sino para que la guarde, y compruebe que todos estos valientes que le precedieron a usted y otros que van tras lo mismo, murieron sin testigos, y en barrios muy diversos, a horas diferentes. Tiene ya cuanta documentación precisa, Lester. Lamento no poderle dar más detalles. ¿Cómo piensa iniciar sus pesquisas?

—Por ahora no tengo la menor idea, señor. Me leeré todos los periódicos atrasados que aludan a los atentados firmados por el Dragón.

—No está mal. Pero antes que le sorprenda, le diré que hay un misterio muy oriental en determinado aspecto del último atentado del Dragón. Hace seis días, en el tugurio chino de Chun-Brown, se reunieron unos anamitas del Vietnam para festejar a unos recién casados. Dos bombas de mano, un fusil ametrallador, y en un instante la sala quedó convertida en funeral. Las bombas y el ametrallador los manejó un individuo con mucha maestría. Salió del comedor, y pasó a una sala en que se acurrucaban las sirvientes, y volvió a arrojar otras dos bombas y vaciar otro cargador que en el breve trayecto había colocado. En el estilo más legionario que pueda imaginarse…

Ives Goffic trataba de ser irónico, pero había tristeza en su rostro enérgico de veterano de la Indochina.

—En el piso alto, unos legionarios acudieron y cuando lograron detener al lanzador de bombas y ametrallador, habían roto mucho mobiliario, y perdido a dos de ellos. El terrorista estaba convertido literalmente en una humana criba destrozada, pero le fué apreciado el tatuaje a fuego grabado en el sitio del corazón: el dragón de dos cabezas… Era un hombre patriota un legionario ejemplar, muy querido por todos, pese a ser rudo como el que más. Era el sargento Hans Meyer, un veterano.

—Pudo volverse loco…

—No. Había desaparecido tres días antes, estando de reposo. Y mientras él sembraba la muerte y la destrucción en el tugurio de Chun-Brown, cinco casas más allá, entre las carreras lógicas de los asustados vecinos, alguien o algunos, vaciaban el contenido de las cajas registradoras de un café muy concurrido, que se vació de

personal, al estallar las bombas lanzadas por un héroe de la legión, un veterano patriota. Piense sobre este misterio inexplicable, Lester.

—¿Dónde desapareció o fué visto por última vez, antes del atentado, el sargento Meyer?

—En el «Graud Monde». Lo frecuentaba mucho. Ya hay un agente trabajando esta pista. Pero le aconsejo vaya usted allí. No estará de más. Ah… Todos los de la banda que fueron recogidos muertos, llevaban además de la marca tatuada, el cráneo pelado y con incisiones de bisturí. Hay un médico que pretende, que en la banda del Dragón tiene que haber un cirujano. Parecerá fantasioso, pero tal vez una operación extraña en el cerebro, podría únicamente explicar la extraña actitud suicida de estos energúmenos que van a sabiendas a la muerte para permitir que otros atraquen. Y explicaría también lo inconcebible que es, que el Meyer honrado a carta cabal, se convirtiera de pronto en un asesino repulsivo, matando a comensales pacíficos, sin defensa y a criadas aterrorizadas.

Duff Lester, antes de dedicarse a pensar en la extraña maraña que era la «Red del Dragón», se dirigió al Cuartel General de la Legión Extranjera.

Pidió ser recibido por el oficial que llevaba la relación de bajas, y a su pregunta sobre la tumba de Glen Preston, el oficial replicó:

—Preston… Preston… —Y su índice recorría la hilera de letras mayúsculas colocadas a la derecha de un grueso libro que semejaba uno de contabilidad—. Preston, Glen… aquí está.

Leyó:

> «Procedente Sexto, fué agregado Segundo móvil. Maran Pradet, catorce de agosto».

Levantó la vista del libra.

—En Maran Pradet, el Segundo móvil fue exterminado por completo. Tuvieron la mala suerte de caer en una emboscada bien preparada. No pudieron ser identificados una decena de ellos, y otros reaparecieron a flote, pero aunque lentamente, todos son identificados. En el caso del legionario por el que pregunta, hubo facilidades. Aquí menciona su última y gloriosa residencia: «Número 7896, Oeste». Pida por este número, sección Oeste, en el cementerio de la Legión, de Kratie.

Duff Lester no se impresionaba por ver largas hileras de cruces de pino pintado. Se quitó el sombrero ante la cruz donde en negro estaba pintado el número 7896.

—He venido a verte, Glen. Recuerdo que siempre decía qué debía ser horrible morir de reuma en un sillón o de gripe, sudando en una cama. A mí no me darán sitio aquí, pero ya nos volveremos a ver. He hablado con Dany, me agradaría hacerla feliz a ella, sin sentir celos, aunque en sus cartas me hable mucho de ti.

Siguió hablando, observado desde lejos por uno de los sepultureros. Otros hacían lo mismo, y no era por curiosidad por lo que el funcionario miraba. Era porque estaba convencido de que aquel visitante terminaría mal…

Dos individuos de ojos rasgados le habían seguido hasta la hilera de tumbas de la sección Oeste, y cuando Duff Lester abandonó el cementerio, los dos anamitas le siguieron.

Duff Lester caminaba con indiferencia por la larga avenida sin casas de aquel barrio exterior. Esperaba los acontecimientos…

Acababa de llegar, y ya le seguían dos diminutos orientales vestidos de dril blanco, y amparado el cráneo por amplio sombrero pajizo.

Pensó que podía ser que la salida del número 12 de Pare Cheptel, tuviera siempre espías, interesados en averiguar los pasos de cuántos individuos de paisano salían de allí.

Al término de la avenida, y sabedor de que siempre había entre él y sus dos seguidores una treintena de pasos, Duff Lester dejó de mirar a los lados, como el viajero recién llegado que contempla parajes nuevos.

Entró en el kiosko de bebidas en que se iniciaba la calle Tonlé, de acceso al elegante barrio residencial de los funcionarios coloniales.

Era un kiosko, en cuyo centro había un mostrador en forma de herradura. Pidió con recelo una botella de
Coca-Cola.
Se la sirvieron, y atajó el gesto del chino que iba a vaciarla en el vaso. La bebió al gollete mirando hacia la única puerta.

Los dos que le habían seguido desde que saliera de visitar al capitán Goffic, entraron. No miraban hacia él, sino que se acodaron al otro extremo del arco.

Duff Lester frotó el pulgar y el índice. El chino, en perfecto francés, dijo la cantidad, que arrojó Lester sobre el mostrador, yendo casi en carrera hacia la puerta.

Salió, adhiriéndose a un lado del umbral. Tendió la pierna, y el que salía, se estiró en involuntaria zambullida. Al otro, le cogió Lester por un sobaco…

El del suelo se removió, y en su zurda brilló algo metálico. Duff Lester le asestó un puntapié, mientras hundía su puño derecho en el estómago del otro.

Pisó una mano que en el suelo reptaba hacia el cuchillo abandonado en el momento de semiinconsciencia, y su puño, desde el estómago, pasó a la barbilla del segundo seguidor.

Vió aproximarse gente, y oyó la voz chillona del chino del kiosko. Empujó hacia abajo, soltando al que inerte cayó cruzado sobre el que en el suelo, sangraba copiosamente por el rostro.

Dos policías franceses, empleaban la frase ritual:

—Circulen, circulen…

Pero los curiosos seguían intentando ver y oír de cerca. Duff Lester mostró la carterita que le había entregado el capitán Goffic, en cuya cubierta había una bandera tricolor, y unas iniciales.

—Estos dos me seguían, y quise saber el por qué. Pero uno sacó un cuchillo, y el otro iba a lo mismo.

Con chirriar de frenos se detenía un «*jeep*» del que saltaron tres legionarios de patrulla.

Se dispersó el corro, y Duff Lester pasó al interior del kiosko, donde los dos guardias habían llevado a los dos maltrechos anamitas.

En la puerta se adosó un legionario. Y casi al instante, otro coche se detuvo, apeándose de él, el capitán Goffic.

Uno de los guardias explicó:

—Tenemos orden, cuando nos enseñan este carnet que lleva, de telefonear con urgencia a su comisaría.

Saludaron al capitán Goffic, marchándose para reanudar su paseo de ronda. Goffic miró, y volviéndose a la puerta, indicó:

—Puede irse, legionario. Un asunto claro.

El legionario desapareció, oyéndose el «*jeep*» arrancar en ruidosa cacofonía. Ives Goffic miraba cómo dos de paisano que habían venido con él, se llevaban a los dos anamitas medio conscientes…

—Lo de siempre. Ahora serán interrogados y mentirán escandalosamente, diciendo que no hacían nada, y que si sacaron el cuchillo fué porque usted les pegó, etc., etc. Hemos intentado toda clase de interrogatorios, y nos vemos obligados a renunciar. Cuando un anamita quiere callarse, es tan hábil mintiendo, que fatiga al más paciente.

—No me gustaba tenerlos a mi espalda. Me extrañó que apenas llegado…

—Todo forastero que llega, es seguido. ¿Por quién? ¿Para qué? Unas veces para averiguar dónde reside, y remitirle la tarjeta de un *cabaret*. Otras para desvalijarlo en un descuido. A veces, para matarle, si lo creen sabedor de secretos… Un laberinto, Lester.

—¿A qué clase cree que pertenecen ésos?

—Trataré de contestarle esta noche. Telefonéeme.

A la noche telefoneó desde el hotel «Mekong Paradise». El capitán Goffic anunció:

—… Afirman que le creyeron un turista rico, y querían saber dónde se alojaba, para venderle porcelanas. Sacaron los cuchillos, porque usted les atacó. Diez días de cárcel, y luego trataremos de seguirles. Pero es como buscar agujas en un pajar. De todos modos, vigílese, Lester. ¿Dónde piensa ir esta noche?

—A visitar el «Grand Monde», mi capitán.

El «Grand Monde» estaba concurridísimo. En los techos, las hileras de palma, moviéndose constantemente, trataban de barrer el calor.

Desfilaban mujeres de todas las razas. También era un muestrario de nacionalidades masculinas el que se aglomeraba en rededor de las mesas de juego, en la pista, en el comedor, en las terrazas.

Era una atmósfera turbia, exclusiva, con un ambiente particular, en que nada era claro concretamente. Y fué dándose cuenta en dos días siguientes de que en Saigón todo era turbio, inquietante, y que encontrar un camino sólido era imposible.

Al igual que los legionarios, él pisaba siempre terreno blando, esponjoso. Lo único limpio y claro, eran las líneas escritas por Daniele Girard. Pronto ella estaría en Saigón, y al pensarlo Duff Lester, se sentía contento de vivir, aunque continuara con la sensación de que por donde fuera había ojos rasgados, crueles,

impenetrables en la intención con que le acechaban desde muy distintos lugares…

CAPÍTULO VI

Unos ojos rasgados, crueles, impenetrables en la intención con que miraban, fué lo primero que percibió Glen Preston, al sacudir su cabeza y poder por fin levantar los pesados párpados.

Creyó que era una estatua, un ídolo oriental, y que él había perdido el sentido en un templo astático.

Volvió a cerrar los párpados, para acabar de despejarse el cerebro. La luz procedía de un candelabro con velas perfumadas, y el olor provenía de un peletero cuyo pedestal estaba junto a la mujer sentada encima de un voluminoso amasijo de almohadones.

Era una sala pequeña, cerrada, sin ventanas. Y él estaba libre de manos y pies, sin herida, tendido en un estrecho diván.

Volvió a abrir los ojos. No eran sombras dibujadas, sino dos hombres de carne y hueso, los que se destacaban al fondo, tras la asiática sentada, y adosados a un gran tapiz, sobre cuya negrura amarilleaba en bordado de hilos de oro, un dragón de dos cabezas.

Uno de los hombres era llamativo: Pequeño y flaco, vestía *smoking*. Era completamente calvo, y llevaba un monóculo negro incrustado en la órbita derecha. Un rostro exangüe y muy blanco, donde destacaba la honda cicatriz que le surcaba en sesgo la frente, la nariz y parte de la mejilla derecha.

El otro, vestía un quimono azul, bordado de flores. Era ancho de hombros, y tenía los labios gruesos, y el cabello negro rizoso.

Glen Preston se sentó en el diván, plenamente convencido de que tenía algodón en vez de carne. Hubiera sido incapaz del esfuerzo que supondría encender una cerilla.

Miró ahora a la mujer sentada. No sabía por qué, pero notaba algo muy idéntico en las cejas y párpados de la mujer, del hombre robusto del quimono.

Y fué éste el que habló con puro acento neoyorquino:

—Creo que ya está en condiciones de oírnos, Myrna.

También nasal y yanqui fué la voz del otro individuo, al decir:

—Si Myrna habla, no dirá lo que debe, sino lo que le convenga.

La mujer sin volverse, abandonó su actitud hierática, para también en perfecto norteamericano, decir desdeñosa:

—No tengo pelillos en la lengua, Lizzard.

Glen Preston rió silenciosamente. Lo último que recordaba era estar andando por entre juncos, y de pronto, hundirse como si el suelo cediera bajo sus pies, y ahora recuperaba los sentidos para oír a tres orientales, hablando como tres maleantes del Bronx.

Gruñó:

—La mujer se llama Myrna, y el chato, Lizzard. El del parche de cristal en el ojo tuerto, cualquiera sabe…

—Alvin Merrydal, doctor en medicina, cirujano y a su servicio, Glen Preston —dijo el de la cicatriz.

—Encantado, doctor. Pero les ruego me perdonen, si parezco idiota. No quisiera ser grosero, pero ¿qué mil demonios ocurre aquí? ¿Si hablan ustedes como tres pájaros del Bronx, a qué vienen estos ojos orientales, y todo este decorado?

Ella aprobó con la cabeza, donde el negro cabello brillaba como la laca, atirantado en las sienes, engrosado en moño a la nuca. La túnica amarilla moldeaba un busto opulento, y él pantalón de seda negra, hacía resaltar las chinelas de raso rojo.

—Me llamo Myrna Smith, y Frank Lizzard opina que usted está vivo, porque yo me he enamorado de usted. No me interrumpa hasta entender por qué se halla aquí, Preston. Usted iba en la sección de legionarios que penetró en el cañaveral de Maran Pradet. Sería largo de explicar por qué razón los
«Chu-luc»
que les tendieron la emboscada, accedieron a dejar con vida a los legionarios Alex Drol y Glen Preston. El cabecilla nos estaba agradecido porque le proporcionamos armas a buen precio. Dos hombres como usted y Drol, nos interesaban. ¿Ha oído citar a la «Secta del Dragón»? ¿O también la «Red del Dragón»?

—Allí en aquel tapiz veo un dragón. Lo que no acabo de ver es por qué tengo esta gran flojera en todo el cuerpo.

—Restos del habitual tratamiento del doctor Merrydal. Mañana estará del todo repuesto, Preston. En Saigón todo se sabe, y circuló el eco de su valentía así como la de Drol. Y también nos

convencimos de que no eran escrupulosos. Eran clásicamente dos aventureros inteligentes, que se daban cuenta de que estaban perdiendo lastimosamente el tiempo en la Legión. Concretamente, le ofrecemos exponerse a riesgos, pero con la probabilidad de hacer fortuna.

—No acabo de entender este extraño modo de reclutar.

—Yo te lo pondré más claro —dijo Frank Lizzard, avanzando unos pasos, hasta quedar junto a Myrna Smith—. También estuve en la Legión hasta que me tentó Myrna. Conocía a Merrydal, y a una cuadrilla que ha ido cayendo. Necesitamos renovar porque tenemos la ambición de retirarnos cuando ya sea imposible seguir en el negocio. Y así como me fío plenamente de Alex Drol, tú no acabas de convencerme. Aclaro que el doctor te colocó unas inyecciones que hacen hablar. Y estás enamorado de una tal Dany y lloriqueabas por un amigo tuyo que se hizo policía… En fin, que me pareces un sentimental.

—La cuadrilla que ha ido cayendo, se componía de tres amigos míos —intervino el doctor Merrydal—. En la última actuación, tuvo que trabajar sólo Lizzard, mientras disparaba el… involuntario cómplice. La idea original de nuestra asociación partió de Myrna. La base era aprovecharse del barullo formado por los minutos que siguen a un atentado. Los atentados abundaban aquí, pero no podíamos adivinar el minuto exacto en que estallarían. En cambio, si nosotros por nuestra cuenta, provocábamos el atentado, podríamos operar. Un ejemplo: cinco casas más allá del comedor chino de Chun-Brown, hay un café con tres cajas registradoras. Si en la casa de Chun-Brown alguien tira bombas y dispara, al ruido todos los vecinos tratarán de escapar, menos Frank Lizzard que barrerá el contenido de las cajas, porque es el que sabe que no es un atentado que pone en peligro a los del café.

—Veo, doctor. Pero ¿y el que dispara? Hasta ahora no se dejan pescar vivos. Una papeleta difícil. No hay pistolero que acepte serlo, sabiendo que ha de ser liquidado.

El doctor Merrydal tenía unas manos pequeñas, muy cuidadas. Las movió lentamente, a poca distancia del rastro de Preston.

—Una delicada operación craneana, que me precio de acertar, aunque algunos pacientes han muerto. No emplearé términos científicos. Se trata sencillamente de extirpar un centro nervioso,

donde podemos decir que radica la voluntad personal. Con el complemento de una droga, el individuo operado, hace ciegamente lo que yo le indico. Algo así como un contrabando de almas. Yo le inculco un alma nueva, que me obedece. Naturalmente, se le marca a fuego el dragón, como señal distintiva. Estos individuos los cogemos fácilmente. Nos basta con dos de ellos, por si la operación falla en uno.

Glen Preston seguía con el cuerpo desmadejado, pero su mente actuaba normalmente. Gruñó:

—Espero que Drol y yo no habremos sido elegidos para hacer el ruido y otros llevarse las nueces, doctor.

—Hicimos una selección esmerada, llegando a la conclusión de que Alex Drol y usted serían excelentes miembros en nuestra organización, porque Frank Lizzard no puede actuar solo. Ahora bien, Lizzard tiene un solo defecto. Es celoso, y recela de que Myrna se ha enamorado. Debo hacer constar que Myrna es un poco excéntrica.

—Si son compatriotas míos, ¿qué mil diablos significan sus ojos achinados?

—Una pequeña operación, algo dolorosa, los primeros días. Ayuda a Myrna y a Lizzard a pasar inadvertidos entre tanto oriental. También me ayudó a mí, hasta que una granada arrojada por un terrorista de verdad, me vació un ojo y me cortó la cara. Por eso, ya no actúo, sino en la mesa de operaciones.

—Resumiendo: unos atracadores con talento y teatro. La pega está en este muchacho… Si eres celoso, Lizzard, dale palos a Myrna, pero a mi considérame ajeno a todo este tinglado. Me gusta la asociación que representáis, como supongo le gustará a Alex. Pero si has de tener celillos, mal vamos. No podéis dejarme marchar, porque temeréis que os delate. Tampoco yo quiero irme, porque me gusta el riesgo y la complicación, pero no me agrada tener por compañero de tarea a un celoso estúpido.

—Habla sensatamente Preston, Frank —opinó el médico, apoyando una mano en el hombro de Lizzard—. Yo creo, Preston, que haciendo un pequeño esfuerzo puede usted mirarse el pecho.

Palpando habíase cerciorado Preston de que llevaba una túnica de seda blanca, amplia, ceñida por un fajín rojo. Le bastó con abrir más el escote triangular. Estaba desnudo bajo la túnica.

Sabía ahora lo que le ardía en el pecho. Bajo la tetilla izquierda en hinchazón roja tenía tatuado un dragón idéntico al del tapiz.

—Y tiene el cráneo intacto, Preston Acércale un espejo, Myrna.

Myrna Smith tendió asido por el puño de plata, un óvalo del mismo metal, enmarcando un espejo.

Glen Preston tardó en comprobar que la mirada cruel de los ojos rasgados, que reflejaba el azogue, eran sus propios ojos.

—Hay anestesia local, renovada cada veinticuatro horas, Preston. Por eso, no percibe el dolor. Resultaba difícil indagar sus intenciones, Preston, y no podíamos ir de legionario en legionario, preguntando si deseaba formar parte de nuestra asociación. Quiso el Destino que el cabecilla
«Chu-luc»
nos enterase de sus propósitos de tejer una emboscada contra el Segundo Móvil. Solicitamos que no les remataran en el pozo a ustedes dos. Y que colocaran su brazalete y documentación en otros dos cuerpos medio destrozados. Cuanto le hemos explicado, ha merecido la completa aprobación de Alex Drol. En realidad, están vivos gracias a nuestra intervención, y les ofrecemos arriesgar la vida, pero con utilidad y provecho. Dejémosle, Myrna… La reacción del revulsivo está disminuyendo, y vuelve a sumirse en sopor nuestro…

Glen Preston ya no oía nada. Se había reclinado, y volvía a perder la noción de todo.

Ignoró que habían transcurrido doce horas, cuando abrió los ojos. Esta vez notó la tirantez de sus sienes, y un escozor agudo en sus párpados.

Estaba en el mismo saloncito, pero ante él, un alto y corpulento individuo vestido de dril blanco, era la viva imagen de un chino del Norte, de ojos rasgados y…

—¡Alex! —exclamó Preston, incorporándose—. ¡Por el infierno! Esto es una pesadilla.

—¡Ninguno está loco, ni estás soñando, Glen! Nos salvaron el pellejo, y vamos a ganar plata a montones. ¿Te molesta tener los párpados oblicuados? Habría chica que daría una fortuna para conseguir esta oblicuidad. Bueno, como te dije, entre enganche y enganche, yo procuré ganarme el sustento, pero me fallaron los golpes, porque siempre hubo uno que flojeó en los que iban

conmigo. ¿No estábamos buscando la ocasión de desertar? Nos la han facilitado, estos tres. Y son listos.

—Lo son, y todo va a mi gusto, menos una cosa. El llamado Lizzard se cree que la guapa está enamorada de mí, y esto es una pega.

—Diantres, sí.

—No se preocupen por esto —dijo una voz, antes de que se alzara el tapiz del dragón.

Entró Alvin Merrydal, frotándose entre sí las yemas de las pulidas manecitas.

—Vengo a invitarle a estudiar nuestro próximo ataque, legionario Drol. Claro, que ahora tendrá otros nombres y una documentación excelente, de comerciante cantones por encima de toda sospecha. No se mueva, Preston. Creo que Myrna quiere explicarle algo importante.

A solas, Glen Preston se paseó unos instantes. Se notaba lacio, pero con creciente sensación de normalidad física, en aquella anormal situación.

Oyó el susurro del tapiz. No pudo impedirse un estremecimiento, porque era realmente una llamarada lo que se encendía en su sangre ante la aparición de Myrna Smith. Todos sus sentidos respondían a la provocación enervante de aquella rara aventurera.

—Me llamo Myrna Merrydal, y el doctor es mi hermano. Nos dieron por muertos, en Nueva York, cuando por hechos que no vienen al caso, tuvimos que desaparecer. Mi hermano planeó perfectamente nuestra supuesta muerte.

Distaba apenas medio paso de Preston, y la túnica era un incentivo más en la femenina sensualidad…

—Frank Lizzard empezó a ponerse enojoso, y mi hermano ha decidido que él sea el que dispare, mientras tú y Drol, actuáis. Me gustaste desde un principio. Glen… Aquella noche en que te vi por vez primera en el «Grand Monde» cuando entraste con el sargento Meyer, no sé por qué, pero me gustaste…

—Eco.

No dijo más Preston. Su instinto fué tan agresivo como lo era su espíritu combativo.

CAPÍTULO VII

Duff Lester cogió la mano que le ofrecía la llamita de un mechero. Aspiró, y ella prosiguió:

—No puedes negarlo, porque estás enamorado de esta oficinista. Todo se sabe en Saigón, Duff.

—No tengo por qué negarlo, Frida. Y pienso casarme lo antes posible con Dany. Que yo venga aquí a verte bailar y después beber algo fresco en tu compañía, no significa nada. Me fuiste simpática, y a otra cosa, mariposa.

—Tampoco yo exijo más, Duff.

La guapa austríaca, una de las más aplaudidas atracciones del «Grand Monde» se encogió de hombros, añadiendo:

—Y por esto mismo soy tonta, al preocuparme por ti, Duff. Ya se sabe que eres de la Especial y vas tras la «Red del Dragón»... Yo en tres meses he conocido a otros dos como tú... Los recogieron hechos una piltrafa.

Duff Lester arqueó las cejas, sonriente.

—Pero yo meteré al Dragón en mi red, Frida. Ya voy viendo claro por entre toda esta turba de ojos rasgados. Tenía que ambientarme, y ya sé distinguir al peligroso del inofensivo, aunque de todos desconfíe.

—No tengas tanta seguridad en ti mismo, Duff. Hazme una demostración. ¿Aquel individuo alto que está bailando con Nina, es peligroso o inofensivo?

Duff Lester miró hacia la pista. Vió a Alex Drol...

—Se llama Frank
Yung-Ho,
y tiene una tienda de sedas de Cantón. Inofensivo.

Frida Bergsland volvió a encogerse de hombros.

—Estás bien informado al menos, Duff. Pero... te lloraré un poquito cuando no vengas a verme, y hasta me emborracharé unas

cuantas noches. Si no es muy secreto, ¿has progresado en tus pesquisas?

—Mucho. Resulta que en el último golpe que dieron los del Dragón, el cadáver del que ametralló, estuvo a punto de ser enterrado, como si fuera el de un malayo. Pero ha sido una revelación asombrosa saber que era un tal Frank Lizzard, desertor de la Legión, nacido en Nueva York, y con tres condenas cumplidas allá por frustrados atracos. También llevaba el cráneo operado.

—¿El cráneo operado?

—Y los ojos operados. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

A la mañana siguiente, Duff Lester comunicaba al capitán Goffic:

—Hice ver que me sentía muy confidencial con Frida Bergsland, contándole lo que la Prensa no cita, acerca de ojos y cráneo operado. Obedecí sus instrucciones, señor, pero me gustaría que se equivocara usted, y Frida no tuviera nada que ver con la «Red del Dragón».

—Frida lo sabe de buena tinta —dijo Merrydal.

Cenaban los cuatro en la trastienda del «comerciante» Frank Yung-Ho,
exlegionario Alex Drol.

—Bien, ¿y qué? Han averiguado pues que alguien opera —replicó Glen Preston—. Y tú, doctor, eres el menos sospechoso de los habitantes de Saigón.

—De acuerdo, pero de todos modos convendrá liquidar al agente que informó a Frida. Dejaremos pasar unos días, y tú irás al «Grand Monde», Glen. Frida te señalará cuál es el agente, y has de liquidarlo en forma segura. No se puede comprometer a Frida, porque es la que nos da informes muy útiles.

—¿La operaste? —rió Drol.

—En cierto modo, sí. Un billete de mil cada semana, es un anestésico muy agradable para la austríaca, que se ha fijado como límite a su ambición, la cifra de un millón. Creo que entre joyas, ahorros y mi sueldo, ronda por cerca.

—Un buen partido, entonces —comentó Drol—. ¿Y vosotros, qué cifra habéis pensado como límite? No me respondáis, hermanos, porque lo adivino. Ya más que el dinero, os encanta manejar la red cuyas mallas ningún mal polizonte, así se llame Duff Lester, puede… ¡Cuidado, Glen! El champaña en la sopa no resulta

apetitoso.

Glen Preston, que había abierto la mano, miró la copa medio sumergida dentro del plato sopero.

—¿He oído mal, o has dicho Duff Lester? —inquirió nerviosamente.

—He dicho Duff Lester, sí. Es un agente de la Especial.

Myrna Merrydal, sentada al lado de Preston, le miró curiosa.

—¿Qué te sucede, Glen?

—Muy poca cosa, casi nada… El cerdo que me detuvo en Francia, se llamaba Duff Lester, y no son nombres corrientes. ¿Habrá venido porque sospechen que el muerto de Maran Pradet no era Glen Preston?

—No. Tienes una cruz sobre tu tumba, Glen. Son muchos los policías de la Metrópoli que son enviados aquí, sobre todo si saben idiomas, y son inteligentes. De todos modos, no estará de más, que cite Frida tus nombres ante Duff Lester, y trate de ver su reacción. Deja pasar unos días, Glen, y tendrás un doble placer al liquidar a Duff Lester.

—Me agrada que sigas siéndome fiel, Duff. Cada noche te busco en la sala, temiendo que los encantos de Dany me priven de tu presencia.

—Ella sabe que yo vengo aquí, por el ambiente. Es una muchacha comprensiva.

—Los americanos sois graciosos. Me acuerdo aún de un legionario, que se llamaba Glen Preston…

—¡Glen!… Pero ¿lo conociste? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Pero ¡si fué el mejor amigo que tuve! Bueno, hasta cierto punto, terminamos mal, porque me vi obligado a detenerle en Francia. Cuando me enteré que murió, me dió mucha pena, aunque él y yo sabíamos que no moriríamos en la cama. Un gran chico…

—Muy simpático. También me apenó saber que había muerto, pero es normal aquí, conocer a un gran chico, y al poco tiempo, oír que está ya con tierra encima. Dame más champaña, Duff, porque esta noche estoy triste.

—Ya lo creo, un gran amigo mío, tanto que me estuvo acechando hasta que consiguió meterme en la cárcel.

—Ha hecho más —sonrió Myrna Merrydal.

Estaba a solas con Glen Preston en el palacete de los hermanos Yutang, los ociosos y ricos hermanos muy apreciados por la Administración francesa, porque entregaban donativos para todas las colectas patrióticas.

—En tus divagaciones bajo los efectos de la droga que te inyectó Alvin, hablaste mucho de Dany Girard. Y el agente Duff Lester va a casarse con una empleada colonial llamada Dany Girard, que ha llegado a Saigón hace unos dos meses… ¿Fué tu novia? ¿Como si dijéramos, la primera mujer en tu vida, tío? Hablabas de ella como solo puede hacerlo el hombre que cita a la primera mujer que contaba de verdad en su vida. Yo sólo soy la segunda mujer…

—Ya he encajado —respiró afanosamente Preston. Tenía los puños crispados, y quedó marcada en su labio inferior la huella de los dientes—. De golpe me sentó mal. No le bastaba a Lester meterme en la cárcel, sino que el muy…

—Ten presente que ella y él te creen muerto.

—Te juro que les va a causar muy poca gracia mi resucitar. Ella tiene aún menos perdón, porque sabía perfectamente que fue Lester el que me delató y apresó. Has dicho antes que ella fué la primera mujer de verdad en mi vida. Cierto… Es lógico pues que te brinde la mejor prueba de que sólo cuentas tú, la segunda mujer, y que no habrá tercera. Ella sólo estuvo en mi corazón, y se esfumó. A ti te tengo en cada fibra de mi cuerpo entero. Me parece que ya hemos llegado a entendernos perfectamente. ¿No es verdad, Myrna?

Ella tardó unos instantes en contestar:

—Me alegrará verla morir… Verla yo con mis ojos, Glen.

—Eso era lo que quise decirte. Vamos a estudiar el terreno.

Daniele Girard, en los primeros días de su nuevo empleo, lo encontraba todo muy pintoresco. Le hacían gracia aquellos hombrecillos de ojos rasgados, y moño, llevando falda, con peinetas en el negro cabello, así como los solemnes y altos norteños, que acudían a diario a las oficinas del «Comptoir Exportateur», para declarar cosechas o solicitar préstamos.

También le fué agradable ver a Duff Lester, hacia el que sentía una viva simpatía.

Pero al término de dos semanas, empezaba a comprender que no eran vanas las frases de advertencia con que la recibió el jefe de la oficina, al instruirla de sus obligaciones.

—En los principios todo es pintoresco y gracioso, señorita Girard. Hasta que se da uno cuenta de que los ojos rasgados nos miran con recelo, en el mejor de los casos, y con odio. Las torpezas de algunos funcionarios coloniales, las estamos pagando los sucesores. Tenemos que ser amables, y atender las peticiones, pero recordando también que si somos excesivamente condescendientes, confunden la benevolencia con debilidad. Y sobre todo, desprecian la mujer oficinista. Vaya pues con cuidado, y sepa siempre que la sonrisa oriental está en los labios, pero fíjese en los ojos rasgados. Rara vez sonríen ojos y labios.

Y en efecto, pasado el primer momento de curiosidad, ella comprobó que siempre existía algo turbio y amenazador en aquellos orientales que incesantemente afluían en el largo mostrador de la oficina.

Su horario de trabajo le permitía visitar el cementerio legionario de Kratie, donde algunas veces fué en compañía de Lester.

Había otras muchas visitantes femeninas de varias razas. Cada atardecer, renovaba ella las flores que en brazada dejaba sobre la pequeña lápida elogiosa:

«Yace aquí el legionario
GLEN PRESTON,
muerto heroicamente en Maran Pradet».

No podía extrañarla que ante otras lápidas permanecieran individuos de ojos rasgados. Era ya instintivo en ella, dirigir su primera ojeada hacia la parte superior del rostro.

Los párpados oblicuos, siempre la estrecha rendija rasgada, como una máscara falaz…

Pero sí la extrañó que cierta tarde, un individuo desconocido, vestido de dril blanco, estuviera con la cabeza inclinada, ante la lápida que llevaba el nombre de Glen Preston.

Miró ella de soslayo y percibió la comisura oblicua atirantada hacia las sienes.

Otro asiático más…

Quitó las flores que pronto se marchitaban al ardiente sol, y las sustituyó por las que traía.

Una voz ronca, como si la garganta que hablaba se contrajera,

aunque en realidad, era para disimular la voz normal, habló lentamente:

—Tiene suerte el legionario Glen Preston.

Era el desconocido, cuyo rostro estaba sombreado por el amplio sombrero pajizo. Hablaba en perfecto francés, aunque con exótico acento.

Ella se estremeció, indefiniblemente, sin saber explicarse el motivo por el que sintió repentinamente miedo…

—Todos los días perfuman sus huesos. Yo conocí al legionario Preston y era poco expansivo. Sin embargo me dejó a mí, cierto mensaje para determinada señorita francesa.

Daniele Girard se acusó mentalmente de ser demasiado recelosa. Era lógico que Glen Preston hiciera amistad con algún asiático, y también que le hablase confidencialmente.

Murmuró:

—Sería para mí, porque yo fui novia de Glen Preston.

Sin mirarla, Glen Preston replicó:

—Depende de cuál sea su nombre, señorita.

—Daniele Girard.

—Entonces, era para usted el paquete de cartas que me entregó el legionario Preston. Si me da su dirección yo podré llevárselas, cualquier día.

Impaciente, nerviosa, ella contestó:

—Dígame dónde puedo recogerlas. Hasta la hora de cenar, tengo tiempo.

—No pido que me blinde el honor de acompañarla, porque está mal visto. Mi anciana madre, cuando usted le diga su nombre, se las entregará en la tienda de artículos cantoneses de

Yung-Ho,

en la calle Lepic.

Hizo Preston una reverencia alejándose, sin haber presentado de frente el rostro.

Daniele Girard permaneció unos instantes ante la tumba. ¿Por qué desde que el desconocido asiático la habló, sintió ella escalofríos? La tarde era más bien calurosa, y hasta aquel momento, ella se había encontrado perfectamente.

Sentía ahora un miedo irrazonable, como cuando de pequeña tenía que atravesar un jardín de noche.

Debía encontrarse con Duff Lester a las ocho, y faltaban aún dos horas.

Salió de Kratie, dispuesta a telefonear y pedir a Lester que la acompañase. En una tienda, y a punto de marcar el número, se contuvo. ¿Qué explicación le daría a Lester, para decirle que tenía miedo…? Él la juzgaba una chica sensata…

Su mente se rebelaba, pero impulsivamente marcó el número. Y como temía, le contestaron que Duff Lester estaba ausente, y no sabían su paradero. Que volviera a telefonear hacia las nueve de la noche, hora más propicia para localizar a Duff Lester.

Colgó el auricular, dispuesta a vencer su absurdo temor. Un respetuoso asiático citaba a su anciana madre en una tienda pública, y en plena tarde…

No había pues nada que temer. ¿Quién podía desear hacerle ningún mal a ella, prácticamente una desconocida en Saigón?

Todo aquello era exceso de imaginación. Se iba filtrando en su cerebro una horrible asociación de ideas…

La lápida sepulcral de un legionario muerto… Un asiático de estatura mediana, de movimientos precisos, una voz ronca… Sacudió la cabeza, molesta consigo misma por abandonarse a pensamientos tan improcedentes.

La calle Lepic, era muy conocida. En ella, a ambos lados, se alineaban toda clase de tiendas y bazares, representando las manufacturas de numerosas naciones.

El plácido alemán, el gesticulante árabe, el sonriente italiano, los chillones y discutidores chinos, el majestuoso hindú…

Una pancarta vertical con caracteres chinos, a un lado del umbral, y al otro, una pancarta con mayúsculas citaba en los idiomas francés e inglés:

«Bazar de
Yung-Ho».

Tenía en su interior las clásicas vitrinas de abanicos, porcelanas y chales. No había mostrador, sino cortinas de junquillos.

Una enfermera parisina, discutía con un chino alto, que agitaba con gestos grotescos un amplio
pay-pay
de marfil y laca, pretextando que era una filigrana de artesanía.

La enfermera ofrecía cien francos, y el chino que había pedido

cinco mil, parecía a punto de llorar…

Aquella escena tranquilizó a Daniele Girard, que asistió al regateo hasta que por fin la enfermera se fué, llevándose por doscientos francos el
pay-pay.

Alex Drol, hizo una ceremoniosa reverencia. Ceceó en francés:

—Abanicos, porcelanas y las mejores sedas, mi señorita.

—Yo… quisiera ver a la anciana madre… de un señor que en el cementerio de Kratie me habló del legionario Glen Preston.

—La anciana madre de mi hermano está muy delicada, pero siempre tiene a honor grande, saludar buena señorita.

Dió una palmada Alex Drol, y una de las cortinas de junquillos tintineó, asomando por ella, Myrna Merrydal, que se inclinó.

—Conduce señorita a presencia anciana madre —dijo Drol.

Daniele Girard volvió a sentir una inquietud repentina. Todo parecía normal, pero los rasgados ojos de aquel mercader, tenían la expresión maligna de un gran gato acechando…

Pensó decir que volvería otro día, pero temió ofender la susceptibilidad de aquella gente. Una tienda en la calle Lepic a las siete de la tarde, era un sitio normal, y además, nadie podía…

Estaba ya junto a Myrna Merrydal, que apartó los junquillos. Pasó, y se encontró en una dependencia almacén, a cuyo fondo, una puerta abierta dejaba ver una silla amplia, de espaldas.

Myrna Merrydal señaló la puerta, y hacia ella fué Daniele. Apenas entró, se sobresaltó, porque acababan de cerrar la puerta tras ella.

Dominó su pánico, porque de la silla se levantaba el mismo asiático que en el cementerio…

Pero ahora no llevaba sombrero, y daba frente.

Ella se llevó las dos manos a la cara, temblando convulsivamente. ¡Era imposible!…

Sin embargo ya no era una voz ronca, simulada, sino la normal de Glen Preston, la que salía de labios de aquel individuo de ojos oblicuos, que decía:

—Enhoramala para ti, Dany, mi antiguo amor…

Las rodillas de Daniele Girard cedieron, y se desplomó sin sentido.

CAPÍTULO VIII

A las ocho en punto, Duff Lester paseaba por la acera de porches de la avenida «Residence» donde tenía que encontrarse con Daniele, como todas las noches, en que hasta las nueve permanecían juntos.

Cuando su reloj marcó las ocho y media, Duff Lester no se sintió inquieto. Era la primera vez que ella faltaba a la cita, retrasándose tanto, pero podían existir motivos lógicos.

Horas extraordinarias de trabajo. Pensó ir al «Comptoir», pero meditó también que si mientras, ella iba a su encuentro, jugarían al escondite.

A las nueve menos cuarto en la acera del café donde solía sentarse con Daniele, llamó al anamita que era botones del mismo.

—Telefonea a este número, «boy». Diez francos para ti, y que te digan si la señorita Daniele es una esclava o tiene derecho a verse con su futuro maridito.

—¡Al instante, señor!

A los dos minutos volvía el anamita, declarando:

—Dicen que la señorita Daniele salió como siempre a las cinco en punto, señor.

Volvió Lester a anotar un número, el del alojamiento para funcionarías.

—Pregunta por la señorita Daniele, y dile que estoy aquí. No voy yo, porque a lo mejor, me pierdo su llegada.

En la residencia contestaron que no estaba la señorita Girard. Duff Lester empezó a preocuparse.

Se serenó al recordar que ella le había dicho que una amiga de oficina, la había invitado para ir a una modista parisina, alguna tarde.

Seguramente había ido, y lo de siempre… Telas, comadreos, y al día siguiente ella se excusaría.

Se encaminó hacia el «Grand Monde». De costumbre iba mucho

más tarde, pero ahora tenía por fin, algo semejante a una sospecha.

Se instaló para cenar, y terminaba, cuando vió acercarse a Frida Bergsland.

Realmente una hermosa mujer, inteligente, fría, calculadora, pero apasionadamente volcánica, cuando bailaba…

—Fuego bajo la nieve —solía decir Lester.

Ella en pie, dijo:

—Adquieres malas costumbres, Duff. Cenar aquí, solo, sin invitarme, es exponerte a que otra te tiente.

—Tú eres para mí la única tentación.

—Y Dany…

—Ella es otra cosa distinta.

—Ya sé. Ella es la pureza, y yo soy…

—Tú eres la gloria apetitosa. Siéntate.

—No empieza mi turno hasta las once, Duff. Podrías llevarme a pasear, al claro de luna. Entré aquí, porque me informaron que estabas cenando solo.

—Te informan y todo, ¿no?

Se levantó él, dejando en la mesa, un billete. Ella se apoyó en su brazo.

—Hay noches en que me siento romántica, y ésta es una… Me sucede un par de noches por año.

—Tengo pues que aprovecharla.

En el gran pórtico, ella hizo una señal, llamando a uno de los típicos cabriolés. Un coche cerrado, elevado sobre grandes ruedas, cuyo cochero a usanza francesa, ocupaba un pescante altísimo.

El caballo no era muy brioso, pero sí mejor que los que solían arrastrar aquellos coches para turistas y enamorados.

Ella se sentó en el mullido acolchado, y con el pie en el estribo, preguntó Lester:

—¿A dónde, romántica?

—Al claro de luna. Que siga la «Cornisa».

Era el paseo que bordeaba uno de los brazos del Delta.

—Cornisa, chofer, y no más allá de los setenta por hora.

Se instaló Lester, cerrando la puerta. El coche arrancó lentamente, meciéndose la caja sobre sus muelles.

—Hay estuches más grandes que esto —comentó Lester, tratando de ladearse en el diminuto interior.

La escasa luz del bajo techo, desparramaba mortecinos reflejos, y las dos abiertas ventanillas de cristal, tenían una cortina echada.

—Te vi a las ocho, Duff, en la avenida, paseando como un león esperando su gacela. Y también a las nueve menos cuarto… Entonces eras ya un tigre en celo.

Duff Lester sonrió, pero su réplica fué inesperada:

—Alguna vez te hablé del sargento Hans Meyer, un alsaciano. Al fin, he averiguado que el pobre hombre bebía los vientos por tus encantos.

—No era ni será el único.

—Pero lo que me intriga es que al parecer estaba muy cerca de ti la noche en que desapareció. Una investigación larga y laboriosa, en este pantano sofocante y sin franqueza que es el antro elegante, donde bailas.

—Duff… ¿Qué estás insinuando?

—Semanalmente, por transferencia, remites a un banco de Singapur, cantidades elevadas, y si no me engaño, tus honorarios de artista son muy discretos.

—La discreción te prohíbe preguntarme cuántos son los admiradores que me obsequian.

—Escucha, nena… Yo prefiero ser distinto a lo que me rodea. Si todo está obscuro, me gusta ser claro. Habrás oído hablar de la «Red del Dragón».

—Mucho.

—Vamos a jugar a poner en su sitio las piezas del rompecabezas. El veterano sargento legionario Meyer, te asedia, y desaparece, para reaparecer a los tres días, pegando tiros y escupiendo bombas, con el dragón tatuado en el pecho. Tenía el cráneo cortado por un bisturí, y cosido por un excelente cirujano.

—Yo no corto cráneos, Duff. Me basta con mis encantos, como dices, para volver del revés un seso varonil. En realidad, tú has sido el seso más resistente que hasta ahora he encontrado.

—He de advertirte que antes de contemplar la luna, prefiero indicarte que están trabajando activamente varias oficinas de archivos, buscando antecedentes de cirujanos deshonestos, cuyo paradero pudiera hallarse en Saigón. Bostezas aburrida…

—No me interesan estos asuntos, Duff. En Saigón abundan los misterios, pero esta noche es deliciosa.

El cabriolet subía ya la pendiente de la Cornisa, y al apartar las cortinas, Lester aspiró la brisa del río, fresca en aquellos parajes sin edificios alineados compactamente, sino aislados en chalets y palacetes suntuosos.

Cogió la diestra de la austríaca, y la palmeó afectuosamente:

—Otra y última advertencia, Frida de mis pecados… Si hay trampa en tu paseo romántico, me dolerá en extremo ser grosero.

Rió ella con fácil exuberancia, y su mano subió hasta los labios masculinos:

—Otro occidental preso en la malla exótica del supuesto peligro de Saigón. Deja para los folletines, eso de espías hermosas, citas con la muerte, y demás majaderías.

—La última vez que vieron al sargento Meyer, entraba en un coche como éste, desde cuya ventanilla, una mano femenina le invitó. Me ha costado mucho tiempo, porque aquí preguntar es necio. Un «boy» me ha revelado que la mano femenina que llamó a Meyer, tenía un brazalete especial.

Duff Lester hizo tintinear las ajorcas, semanarios y cadenillas que remontaban desde la muñeca a medio antebrazo de Frida Bergsland.

—Un brazalete blanco con piedras verdes, me dijo el «boy». Éste por ejemplo…

—Es marfil tallado y son esmeraldas. Cinco mil francos en cualquier bazar. Las esmeraldas son de baja calidad, Duff. Brazaletes Cómo éste, habrá unos diez mil repartidos en Saigón.

El coche rodaba ahora en terreno llano. Duff Lester murmuró:

—Prefiero creer que la trampa no tiene por cebo tu repentino ataque de romanticismo, Frida. Siempre me ha molestado que la mujer se dedique a negocios turbios, teniendo el arma de su belleza.

—Podemos parar aquí, y mirar el reflejo de la luna en el agua. Un sitio tranquilo… a menos que te dé miedo el cochero.

—El cochero y el caballo son buena compañía. Y el sitio me agrada, Frida. ¡Ey, amigo! —llamó Lester, repicando en el techo—. Parada y fonda.

El coche fué chirriando hasta detenerse. Ella descendió, y Lester saltó al mismo tiempo por la otra portezuela.

Divisábanse, entre arboleda, edificios residenciales. Pasaban coches de las tres tracciones: mecánica, caballar y humana.

El muro que al término de la acera flanqueaba el río, era también banco donde se sentaban parejas.

Frida Bergsland fué a sentarse sobre el muro, que a trechos, presentaba un declive. A su lado, Duff Lester comentó:

—Difícil es que haya trampa en este romántico y transitado lugar. Habla de lo que quieras, Frida.

—Podría decirte que eres un antipático policía desconfiado, pero no me ofende tu actitud. La «Red del Dragón» te obsesiona, y ves fantasmas, hasta en el deseo de una mujer de respirar aire libre en tu compañía, a la luz de la luna. Pero estarías mejor acompañando a Dany, que seguramente estaría muy contenta de verte.

Duff Lester frunció el entrecejo. Ella prosiguió, mirando hacia el cielo estrellado:

—Una noche propicia para los enamorados, porque si bien no es obscura, tiene relente de plata. Hay quien afirma que eres muy valiente, Duff, y que serías capaz de todo, para demostrarlo… como por ejemplo sabiendo que Dany Girard puede correr un peligro…

—Cuidado, Frida. Estás en equilibrio sobre este muro, y por un momento, siguiendo una mala costumbre, y creyéndote un hombre, te iba a dar un empujoncito antes de preguntarte qué sabes tú acerca de Dany Girard y los peligros que puede correr…

Ella saltó del muro, para quedar en pie. Seguía sonriente:

—Tengo el mismo derecho que tú a decir majaderías. Me has acusado de ser cebo y señuelo de la «Red del Dragón». Yo te sigo el juego, y digo que acaso Dany está en poder de la Red, que me ha enviado un emisario, para que si quieres volver a ver con vida a Dany, permanezcas en este paseo, esperando.

—Si hablas en broma, es algo pesada la broma. Si hablas en serio, no me privo de tu compañía, si eres emisaria. Si no lo eres, tendrás que enviar al cochero por un abrigo, porque el relente de plata te va a dejar yerta.

—De pronto, más que hablar, muerdes, Duff…

—Porque no eres trigo limpio.

—Mira… Allá dos guardias… En la otra acera, la patrulla legionaria. Por más policía que seas, no puedes retenerme aquí contra mi voluntad. Me voy, Duff… ¿Vienes, o esperas a saber si es broma o es muy serio lo que te he referido de cierto emisario y una secuestrada?

Duff Lester se encogió de hombros, al replicar:

—Haz lo que más te convenga, pero cuando entraste en el comedor, yo había escrito unas líneas, que quedaron bajo el billete que deposité en el plato con la cuenta de la cena.

—Interesante… —susurró ella.

—Muy interesante. En las líneas escritas con destino a la «Especial» les indico que esta noche estaba dispuesto a sonsacarte lo que supieras, y a estas horas también ha leído el capitán Goffic mi informe sobre la última entrevista del sargento Meyer, antes de convertirse en asesino, después de una criminal intervención quirúrgica. Escucha, no tiene perdón quien ande metido en esta Red. Ahora puede irte, Frida. Yo soy duro de pelar, y si me cascan, poco tiempo me sobrevivirás, porque ya estás siendo acechada.

Ella miró en rededor, algo nerviosa por vez primera. Se encaminó hacia el coche, mientras a su lado, Lester decía:

—Esperaré aquí unos instantes, por si era cierto tu mensaje. Hasta la vista, o adiós, Frida. Mira el cochero… Antes era flaco y pequeño. Yo no comprendo lo que pasa, pero ahora es gordo y alto…

Ella dilató los ojos, asombrada, mirando al pescante, ocupado por un distinto cochero. Lester añadió:

—Tú llamaste al coche, y mientras teníamos la agradable conversación al borde del muro-banco, dos colegas míos han invitado al cochero anterior a explicar quién es. El que ahora lleva las riendas, es marsellés, y era muy amigo del sargento Meyer. Té conducirá al tablado de la farsa, y bailarás como siempre, pero ya desde ahora, Frida Bergsland, no estarás a solas un segundo… hasta que las mallas de la Red te estrangulen…

La austríaca retrocedió. Lester la cogió por un codo:

—Una broma también, Frida. Si nada tienes que reprocharte, desde el punto de vista policíaco, cumple con tu deber de artista. Si te quedas aquí, y fuera cierto que la Red piensa enviarme un energúmeno o una invitación amable, correrías mucho peligro…

Era evidente que ella, ante el tono casi afectuoso del agente, no sabía qué partido tomar.

En el pescante, el agente marsellés permanecía esperando, como un legítimo cochero discreto, que aguarda el término de una discusión entre enamorados.

Y fue lo que opinó Lester al añadir:

—Parecemos dos novios, yo insistiendo en que subas, y tú, oponiendo resistencia, para hacer más sabrosa nuestra reconciliación a solas. Lo malo es que me temo que somos novios de la misma enamorada, la fea que pintan con esqueleto y guadaña.

—¡Sube, pronto! ¡Aun podemos…! ¡Yo quiero…!

—Sin ponerte nerviosa, Frida. Tú misma señalaste que había guardias, patrullas legionarias… ¿El primer cochero era de la Red?

—No. Pero debía hacer lo que yo le dijera.

Ella hablaba en voz baja, mirando por todos lados, como temiendo ver aparecer un peligro inevitable…

—Le pagué para que acudiera a mi señal. Me telefonearon para que te dejase aquí a solas, diciéndote que Dany estaba en poder de la Red. Yo no sé quién me telefoneó.

—Mientes.

—Digo la verdad. Tenía miedo. No podía ir a la policía, porque la Red…

—Sube tú, Frida. El marsellés te protegerá, dejándote en el despacho del capitán Goffic. Y allí será mejor que hables… Eres bonita y joven. Si hablas, te condenarán a poco tiempo.

Casi la alzó en vilo para meterla en el coche. Estaba ella completamente aterrorizada.

Cerró la portezuela, y miró al agente:

—Ojo, compañero. Ella no lleva armas, pero mejor que le saques al penco todo lo que dé. Podría haber ojos rasgados espiando.

El coche arrancó, y tras él, al poco, un «*jeep*» con cuatro individuos, que al pasar cambiaron un saludo discreto con Lester.

Duff Lester sabía ya que la Red era la responsable de que Dany Girard fallara a la cita. Un procedimiento para valorar, si él estaba dispuesto a sacrificarse…

Quería con toda su alma a Dany, pero no estaba dispuesto a entregarse como un cordero al sacrificio.

Caminó lentamente. Oía susurros de parejas, los pasos aplomados de los guardias en ronda, el rumor de la circulación… Aquellas horas eran las preferidas, porque durante el día, el calor impedía sacarlo placer al paseo.

Saigón era noctámbulo, y la Cornisa era gratuita.

Caminaba con cierta evocación de sus tiempos de guerra.

También cuando debía efectuar una descubierta, estaba expuesto a recibir un tiro desde un sitio inesperado…

Pero el que disparase ahora, sería localizado en el seto. Y él no se sentía en lo más mínimo víctima propiciatoria. Tenía ciega fe en su supervivencia.

De pronto se arrojó al suelo, cuán largo era, en zambullida muy practicada.

Una rociada de plomo había estallado no muy lejos. Se oyeron gritos de terror entre las parejas, desagradablemente arrancadas a su idilio.

Carreras, confusión, y el agente Duff Lester poniéndose lentamente en pie, sacudiéndose el polvo, refunfuñó:

—No iban por mí.

Veía uniformes en rededor de un coche cabriolet, a unos doscientos metros. A la primera ráfaga de ametrallador, había sucedido una explosión…

El coche cabriolet estaba destrozado… Y varios legionarios, corrieron a toda velocidad en persecución del que había silenciado a Frida Bergsland.

Un hombre que había presenciado el cambio de cochero, y que emprendía una retirada favorable entre la arboleda de los chalets, donde los disparos de sus perseguidores fallaban…

Duff Lester estimó difícil que la Red le enviara mensaje o pistolero. Sabrían ya que la Cornisa era ahora un hervidero de agentes al acecho.

Maldijo la turbia maraña que envolvía los actos de la Red. Tenía ya la certidumbre de que Dany estaba prisionera. ¿Dónde?

Crispó los puños con una furia jamás sentida. Un cirujano diabólico convertía a un veterano luchador como Hans Meyer, en un desquiciado asesino.

Y apresaban a una mujer inocente, por el solo hecho de ser su novia. Ya no era «gangsterismo», sino maldad sin perdón.

Se le acercó un individuo:

—Murieron los dos. Y el asesino ya no está a la vista, Lester.

—Ni tampoco trabajará más la Red esta noche, compañero. Llevadme en el coche al «Grand Monde». Tengo derecho a emborracharme, pero no lo haré. Tiene forzosamente que haber conexión entre el «Grand Monde» y la Red…

—Ella, la austríaca, ya ha muerto… despedazada. No creo que encuentres más pistas allí.

El coche arrancó, y el otro agente prosiguió:

—Fué tan repentino, que sólo puede sacarse una deducción. El mismo que disparó su pistola ametralladora, y lanzó la bomba, lo hizo tan al estilo legionario, que…

—No… Hay un fallo. Los otros, se dejaban matar. Éste huyó.

—Sin embargo, disparó desde distancia, y no perdió un plomo, y la granada estalló matemáticamente bajo el chasis. Ningún «Chu-luc» es capaz de atinar tan acertadamente.

Guardó silencio, y poco después, al apearse, dijo Lester:

—No creo que al cochero le saquéis nada, porque era sincera ella al decir que le pagó para obedecerla. Ella, sí hubiera podido… En fin, si hay novedad, sabéis dónde estoy. Hasta la madrugada pienso esperar los acontecimientos allí dentro.

En la pista, sustituyendo a Frida Bergsland, bailaba igual que ella, otra rubia muy parecida en provocación profesional.

Duff Lester se acodó a la barra de uno de los numerosos mostradores, donde el barman, solícito, inquirió:

—¿Sirvo algo, señor?

—Mezcle pimienta, dinamita y jarabe de sangre. Un trocito de hielo, y bébaselo, Jim. Usted es americano, y podría estar sacudiendo cocteleras en Yanquilandia. ¿Qué hace aquí?

—Ahorrar para poner un bar en mi pueblo, si… no se oponen las granadas de mano, señor.

Tendía una botella de Coca-Cola, en cuyo gollete sobresalía la pajita. Bebió el agente, pasando a la sala de juegos, y por espacio de media hora anduvo sin meta fija, pensando en Dany Girard…

Encendía el último cigarrillo de su paquete, cuando se quedó inmóvil, completamente paralizado de estupor. Alguien, en las apreturas momentáneas, en alguna sala, había colocado un cartón rectangular en su bolsillo…

El roce al volver a meter en su bolsillo la caja de cerillas, le había hecho presentir que algo anormal sucedía, porque aquel cartón no era de su propiedad.

Pero lo que le paralizaba, sintiéndose con la garganta seca, y latiéndole sienes y corazón, era el dibujo que había en la placa de grueso cartón blanco. Un dibujo infantil, casi caricaturesco.

Representaba un guante de boxeo, apoyado el grueso pulgar sobre una larga nariz.

El mismo dibujo con que cierto mes de invierno, en una granja medio derruida, de Normandía, Glen Preston embadurnó una pared, mojando como pincel la cola de una vaca en un cubo de confitura.

Él y Preston estaban solos, y habían bebido varias botellas de sidra. Glen Preston había dicho:

«—La posteridad, al ver este dibujo, sabrá que por aquí pasó el genio desalquilado de Glen Preston».

En sus dedos, el cartón giró. Era la letra de Glen Preston la que había escrito, con su característica redondilla:

> «Hola, chivato. Podríamos discutir cara a cara un asunto pendiente. Te espero en Kratie, si tienes reaños. Hablaremos de Dany».

El sordo zumbido de conversaciones, taponazos de espumosos, discordancias de orquestas, las voces monótonas de los *croupiers*, las risas alquiladas del batallón femenino…

Duff Lester, al empezar a andar, parecía uno más de los que habían bebido con exceso. Se tambaleaba, ansioso de aspirar aire fresco… Salió al exterior, bajando las escaleras como un autómata.

Alguien le interpeló:

—¿Pasa algo, Duff?

Era un agente de la Especial. Debía… alejarlo.

—Nada sucede, compañero. Estoy cansado, y voy a dormir. Eso es todo.

—Hasta mañana, pues.

Siguió andando. ¿Cómo explicar que acudía a un cementerio de la Legión, porque… le citaba un muerto?

Por doquier luces, ruido, animación, y él andaba completamente alelado. ¿Qué relación había entre un legionario enterrado, un dibujo recientemente bosquejado, unas líneas aun frescas de tinta, y la desaparición de Dany?

Transcurrió media hora, mientras caminaba hacia el barrio

exterior, hacia el cementerio de Kratie. Iba volviendo a la normalidad, pero aún seguía obsesionado por el inexplicable contacto de un trozo de cartón, ya casi reducido a blando amasijo en su puño cerrado.

Cayó como un fardo, cuando surgiendo de detrás de un álamo, un puño certero le dió con precisión tras la oreja izquierda. Un golpe que Glen Preston dominaba a la perfección…

CAPÍTULO IX

Sacudió la cabeza como si saliera del agua, donde había estado nadando entre oleaje aceitoso, creyendo nunca salir a la superficie…

Una atmósfera turbia… Un idolillo oriental, como un Buda femenino, y al fondo un tapiz con un Dragón de dos cabezas…



Un idolillo oriental, como un Buda femenino, y al fondo un tapiz con un dragón de dos cabezas.

Un individuo de *smoking,* lívido, con roja cicatriz, monóculo negro… Otro alto… El mercader

Yun-Ho…

Y a un lado, otro desconocido, de mediana estatura… Ojos rasgados todos…

Se incorporó, pero debía tener plomo en los pies… Ya recuperado por completo el sentido, vió sus manos libres, pero sus tobillos atados a una argolla del suelo.

Y de pronto, volvió a incorporarse, gritando:

—¡Dany!

Era ella, la que estaba durmiendo a un lado de aquella estancia, tendida en una mesa con ruedas… Una mesa de quirófano, de clínica…

—Ya está en condiciones de hablar —indicó Alvin Merrydal.

Duff Lester cruzó los brazos… Un gesto inútil, porque era lógico que le hubiesen quitado la pistola. Y de pronto, se mordió los labios, revulsos los ojos…

—Hola, chivato. Tengo el gusto de presentarte al doctor Merrydal, su hermana Myrna, y el exlegionario Alex Drol. Oye, chivato, no sabes lo que me cuesta mirarte así… y hablar como en una reunión de sociedad. La sociedad la pinta el tapiz.

Glen Preston tenía un temblor en los labios. Un temblor enfermizo… Duff Lester, abatido, se sentó… La voz cortante de Merrydal anunció:

—Espero que no pretenderá quitarse la ligadura de los pies, señor Lester. Tardaría unos minutos…

—¡A callar vosotros! —atajó Preston—. Éste no es asunto de la banda, sino muy personal. Teníamos una conversación en suspenso, chivato. No te bastó con delatarme en Francia, sino que además viniste aquí, a refregarme por las narices que no te contentabas con enviarme a presidio sino que además, te quedabas con mi novia. Myrna es aficionada a categorías, y llama a Dany La primera mujer. La segunda es ella…

—Y la tercera acabo de conocerla, Glen —dijo Lester alzando la cabeza.

Glen Preston miró en rededor, con sádica burla.

—¿Cuál dónde?

—La sádica complacencia que siempre tuviste en el corazón, y que yo tomé por valentía. Matabas por sed de matar, porque tienes mal fondo, y yo no supe verlo hasta ahora. La tercera mujer que siempre te acompañó fué la ansiedad de matar. Se acabó la guerra, y planeabas un atraco. Te metiste en la legión, por lo mismo. Y estás con estos canallas… porque son de tu ralea. Pero si queda un

rescoldo de humanidad en ti, ¿qué mal te ha hecho ni te hizo Dany? Ella te creía muerto con honra, y…

—Ella ya no cuenta para nada, porque Myrna dispone de su persona. Creo que su hermano el doctor Merrydal desea hacer un experimento, que te explicará.

Una escena de aquelarre, porque había razonable tono doctoral en la voz de Alvin Merrydal, exponiendo:

—Las circunvoluciones cerebrales de caracteres bien definidos como lo eran Hans Meyer y Frank Lizzard, hacían estimar como favorables en un noventa por cien los resultados de la operación, pero en una idiosincrasia como la femenina y sensible de Daniele Girard, no puedo arriesgar un diagnóstico…

—¡Calla, pajarraco! —intervino Preston—. Ya lo ha entendido, y puedes llevarte a la primera mujer. En realidad, lo fué para nosotros dos, ¿verdad, Duff? Antes fueron aventurillas sin poso… hasta que conocimos a Dany… No te acerques, Alex… Este tipo se las sabe todas, y te puede dar una sorpresa desagradable, aun con las piernas cogidas en el cepo. Bien, Duff… y a distancia, puedes considerarte un gran triunfador. Me convertiste en un «gángster», y has traído a Dany a que sea conejillo de Indias para el bisturí del cirujano Merrydal.

—Lo mejor que puedo decir de ti, Glen… es que te beneficias de una posible locura. Un hombre normal no se convierte en un asesino cobarde, de ojos rasgados, como estos otros tres marranos, incluida ella.

Myrna Merrydal abrió los brazos. De la manga amplia de su túnica extrajo una pistola. Susurró silbante:

—Prolongas la diversión, Glen… Este presunto valiente…

Glen Preston bajó en seco ademán la mano izquierda. El choque contra la muñeca femenina sonó crujiente, y fué preciso y brusco el ademán con que en rápida inclinación recogió la pistola, que insertó en el cinto negro de su túnica.

—Me das gusto a mí, querida Myrna, pero no debes dárselo a este chivato. ¿No ves que busca que le reventemos a tiros, abreviando su desagradable postura? Tiene gracia… El polizonte con los pies metidos en el cepo, y que sabe ya quiénes somos los de la Red, padeciendo en su corazoncito porque su adorada Dany, tiene ya en el cuerpo la droga preoperatoria… ¿No es así como se llama

esa porquería?

Fué Alex Drol el que intervino:

—Acaba ya con esto, Glen. Estás violento, y te mortificas. Este tipo fué tu amigo, y es mejor que lo liquides de una vez.

La culata de la pistola que en un veloz gesto, esgrimió Preston, quedó detenida a unos centímetros de la barbilla de Drol…

Sonrió en rictus feroz Glen Preston, al decir:

—Sois testigos, pero no jueces ni verdugos. Conque callando, o va a haber gresca.

En la mesa, Daniele Girard empezó a balbucir… Bajo los efectos de la droga, deliraba incoherencias.

Glen Preston, en alto el puño con la pistola, impuso silencio.

—Oigamos, tenemos tiempo.

Myrna Merrydal iba a hablar, pero en su hombro se apoyó la diestra de su hermano, en significativa presión. Alex Drol, encogiéndose de hombros, fué a un rincón, sentándose…

Duff Lester sabía que los rasgados ojos de Preston le acechaban. Se inclinó, colocando sus manos en rededor de sus tobillos, buscando quitar las ligaduras.

Tanteó el cable de acero… Quería huir definitivamente de aquel tormento…

Los oblicuos ojos de Preston sonreían sádicamente, y las palabras de la drogada, eran poco a poco, más audibles. Hablaba de un jardín, un manzano, recuerdos de infancia, y de pronto, su cuerpo parecía querer incorporarse, pero los brazos inertes no podían realizar el movimiento de imploración o rechazo…

—Glen… No puede ser… —balbucía ahora.

Myrna gritó:

—¡Se está quitando…!

—Hay tres cables, y tardará más de diez minutos, querida. Silencio, querida… —Y la pistola se acercó vertical al rostro de ella.

Duff Lester continuaba tanteando, arrodillado. No quería oír ni ver, sino provocar cuanto antes el misericordioso disparo.

—… pagó tu defensa —proseguía Dany—, perdió su empleo por ti, por falso testimonio… y siempre hablando de que eras un gran chico… y no le has dicho nada, le has dejado llorar… porque lloró al creerte muerto… Y está mal eso, Glen… Nunca lo creí posible en ti, Glen…

Alvin Merrydal estaba al pie de la mesa operatoria, que empujó llevándose a la que seguía diciendo:

—… siempre pensando contigo, y casi creyéndose responsable de tu muerte, porque decía que eras un gran chico…

—Quieto, doctor; hágame el inmenso favor de permanecer quieto —sonrió Preston.

Merrydal permaneció inmóvil. Desde el rincón, Alex Drol dijo:

—Basta ya, Preston. Si te ha enloquecido la visión de tu amigo el chivato y tu primera mujer… no vas a ponernos, en peligro con más insensateces. Pégale un tiro al chivato, o yo…

—¡Yo mismo, y no te pongas nervioso! Miradle cómo me ofrece la nuca al tiro de gracia. Es un valiente el cerdo ése…

Glen Preston pasó atrás del diván, y colocó la boca del cañón hacia abajo, sobre la nuca del que, arrodillado, no se movió.

—Reza, Duff Lester. Tienes ya en tu poder la banda de la «Red del Dragón».

Las manos de Preston tenían agilidad de malabarista preciso. Siguió hablando.

—Recuerdo ahora que me quitaste la pistola, para evitarme larga condena, y una mujer dormida es sincera… Pagaste mi defensa… ¡Cuidado, Alex! Estás nervioso…

Sonó el estampido muy ruidoso… En la mesa, ella seguía delirando. En el rincón, Alex Drol había sacado una automática…

El tubo apoyado en la nuca de Lester se levantó, y el disparo ennegreció el entrecejo de Alex Drol, que se quedó en postura grotesca.

Apoyado sobre un codo, intentando en vano alzar su pistola…

—La que me quitaste te la devuelvo, Duff…

En la diestra de Lester el caliente contacto de la pistola, provocó en él, un sobresalto de desesperada energía…

Alvin Merrydal se acurrucó, mientras Myrna gritaba… Ambos dispararon frenéticamente…

Lester se tumbó a un costado, y encima de él cayó el diván… Glen Preston tras empujar el diván, saltó hacia un lado. Reía salvajemente, en carcajada sarcástica, mientras disparaba…

El estruendo era duplicado por el eco de la estancia. Lester vió cómo Alvin Merrydal, arrodillado, iba sentándose sobre su tacones, inclinada la cabeza sobre el pecho…

Su cráneo calvo relucía rojo, en borbotones hirvientes… Sobre los almohadones, Myrna Merrydal se reclinaba hacia atrás, contra el tapiz del Dragón.

Mantenía apretada la mano derecha sobre su costado, y en la izquierda sostenía la pistola que su hermano le había arrojado…

Alex Drol, con los ojos dilatados por la muerte, parecía escuchar atentamente.

Cesó todo ruido, y sólo se oyó el balbucir de la que tendida en la mesa operatoria, seguía reprochando dulcemente.

Glen Preston, arrodillado, sonreía.

Duff Lester logró quitarse el último cerco, y apartar de encima suyo el diván protector, en cuya crin se habían incrustado varios plomos.

En pie, miró al que con los oblicuos ojos fijos en él, fué incorporándose, apoyado en el macizo pebetero.

—El refrán viene de perlas, chivato… Quien mal anda mal acaba… No te sientas otra vez mi protector… Sé reconocer una herida ajena y propia… Me cazó ella, la segunda mujer… y me perdió la tercera… Tenías razón ahora, Duff… Antes me creías un gran chico, ¿no? Hablo yo, porque tú tendrás más tiempo… Debiste comprender… que si teniendo dinero, planeaba… atraco, era porque… mala hierba…

Duff Lester avanzó, pero el que se reclinaba contra la columna del pebetero, casi gritó:

—¡Déjame!… Estoy «pringando» como me corresponde… No vayas a creerte que hice esto, por… amistad… Fué que me pareció de pronto, que nada tenía sentido en este cochino mundo… Y que lo único que yo tenía, era una tontuela enamorada y un chivato amigo… De pequeño ya me gustaba jugar con pistolas de madera… Y ahora me ponía ya enfermo palpar una culata…

—Glen. Tú no podías permitir que ella… y por esto, disparaste… Escucha, Glen…

—En el infierno me lo di… rás, chiva… to.

Glen Preston se inclinó, quedando su rostro contra el pecho de Duff Lester, que roncamente gritó:

—Me… llamo…

Y frenéticamente, sacudía Lester a su amigo, que se dejaba zarandear como un pelele por vez primera, porque estaba muerto.

Glen…

Pasaron minutos antes de que Duff Lester, volviera a ser un hombre sensato.

Había dicho mil incoherencias, abrazando un cadáver, cuyos ojos oblicuos le miraban sin malignidad, con placidez de reposo definitivo.

Fué ahora el cuerpo dormido de Dany Girard el que abrazó el agente Duff Lester, llevándoselo fuera de aquel cuarto que nunca podría olvidar.

En una clínica, el médico tranquilizó al agente Lester. La droga inyectada a Dany Girard era simplemente un opiático.

El informe del agente Lester que ponía fin a la «Red del Dragón», fué detallado, y no hubo falsedad al declarar que fué Glen Preston el que terminó con la banda, en un último impulso de su agresivo carácter, en postrer acto heroico, después de acciones viles.

Cuando Daniele Girard estuvo en condiciones normales, y vio a Duff Lester sentado junto a la cabecera, sonrió feliz, pero de pronto sus ojos expresaron un horrible terror…

—Calma, Dany. Era Glen, sí, pero también fue él quien ha permitido que estemos juntos. Era un gran chico, con arrebatos de locura, pero era un gran chico.

—Era un solemne canalla —intervino atrás la voz del capitán Goffic, que había entrado—. Y no se ofenda, Lester. Usted fué su amigo, y es lógico que así hable. Si tenía por novia a este ángel de redención, y prefirió engañar, matar, envenenarse con la pasión de Myrna Merrydal, no merece la menor compasión. Permitió que siguieran con vida, los que convirtieron al sargento Meyer en un energúmeno asesino. ¿Y por qué exterminó al final a sus propios asociados? Usted opina que fué porque oyó decir a Dany que usted pagó su defensa, y perdió su empleo…

Duff Lester, en pie, atajó secamente:

—Ante la ley y la moral tiene usted razón, capitán Goffic. Pero yo sé por qué disparó Glen, aunque no podía escribirlo en un informe legal. Disparó porque oyó que yo seguía considerándole un gran chico. ¿Ridículo, no?

Ives Goffic tardó un instante en contestar:

—Tal vez tiene usted razón, Lester. Pero falla al invocar como defensa la psicosis de guerra. Usted también estuvo con Preston, y

sin embargo, eligió un buen sendero. Ya lo creo que sí, puesto que al final está Dany Girard.

Duff Lester pidió el traslado a África, y le fue concedido. Sólo una persona en el mundo, aceptaba su defensa de Glen Preston: Dany.

Para todos los demás, Glen Preston era un criminal que exterminó a los suyos propios, porque quisieron interponerse en su venganza contra el agente Duff Lester.

Y en los archivos secretos de la Policía Especial de Saigón, el caso de la «Red del Dragón», tenía una coletilla de puño y letra del capitán Goffic:

> «El agente Lester ocultó que gracias a su personal actividad, quedó exterminada la banda del Dragón. Una amistad equivocada, le impulsó a intentar defender a un indefendible criminal».

En el paquebot de la «P and O», donde rumbo al canal de Suez, efectuaban Lester y Dany su viaje de bodas, los curiosos se extrañaban de la brusquedad con que el heroico agente secreto replicaba a las felicitaciones.

Pero Dany Girard hubiera podido decir que el brusco agente secreto, en la secreta intimidad era un magnífico enamorado sin la menor brusquedad desagradable. Pero esto pertenecía a los archivos secretos de alcoba.

FIN



El señor Somers recibía con notable frecuencia copias de cuadros famosos, desde Italia...

Y era obvio que el Arte no interesaba demasiado al señor Somers. En su ficha del F. B. I. podía leerse: «Criminal peligroso».

Fué por esta y por otras razones que el agente Sax Howie fué enviado a pasar el fin de semana a Italia... con el encargo de investigar las actividades «artísticas» del señor Somers. Howie se metió en un nido de

TRAFICANTES DE MUERTE

Al principio todo marchó como sobre ruedas... Sin embargo, cuando el agente creyó haber llegado a una última y satisfactoria conclusión...

F. P. DUKE

maestro en el difícil arte de mantener en suspenso al lector, ha logrado superarse en esta novela trepidante, donde la calidad emotiva es realmente insuperable.

Si es usted un amante de la acción «al rojo vivo», debe leer

TRAFICANTES DE MUERTE

que aparecerá en el próximo número de la dinámica

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO